COMO
EN SANTIAGO

Comedia de Costumbres

EN TRES ACTOS

POR

Daniel Barros Grez

SANTIAGO

IMPRENTA GUTENBERG
Calle de Jofré 42
1881

COMO
EN SANTIAGO

COMEDIA DE COSTUMBRES

EN TRES ACTOS

POR

Daniel Barros Grez

SANTIAGO

IMPRENTA GUTENBERG
CALLE DE JOFRÉ 42

1881

COMO EN SANTIAGO

COMEDIA DE COSTUMBRES EN TRES ACTOS

POR

Daniel Barros Grez

PERSONAJES

Don MANUEL, hermano de
Doña RUPERTA, mujer de
Don VICTORIANO, padre de
DOROTEA, prometida de
SILVERIO, hijo de don Manuel.

INES, sobrina de don Victoriano.
FAUSTINO, amante de Dorotea.
Un escribano.
Un receptor.

La escena pasa en la capital del departamento de Z.*, en casa de don Victoriano. El lugar de la escena es una sala modestamente amueblada, con dos puertas laterales, i una puerta i una ventana en el fondo, que dan a un patio esterior.

ACTO PRIMERO

ESCENA I

INES. *(Entretenida en su costura canta una cancion cualquiera).*

ESCENA II

INES, *doña* RUPERTA.

Dª. RUPERTA.—Ines! ¿Qué bulla es esa?

INES.—Cantaba, tia, para entretenerme i hacer ménos pesado mi trabajo.

Dª. RUPERTA.—Sí! pero debieras tener presente que tu prima está durmiendo.

INES.—Como ya es tarde, creia que Dorotea se hubiera levantado.

D^a^. RUPERTA.—¿I cómo piénsas, inconsiderada muchacha, que una niña tan delicada i tan nerviosa como mi hija, haya de levantarse ántes de las once del dia? ¿Has olvidado que estuvimos anoche en el baile con que este pueblo festejó a nuestro simpático diputado?

INES.—(*Aparte.*—Vaya si lo habré olvidado, cuando no quiso llevarme!) Pues por eso mismo, tia mia, por lo mismo que Dorotea es débil i enfermiza, no deberia recojerse tarde!

D.ª RUPERTA.—¿Qué dices?

INES.—Que acostándose temprano, podria Dorotea levantarse tambien temprano.

D.ª RUPERTA.—¿I quién te mete a tí venir con reglas sobre lo que no entiendes? ¿qué sabes tú de bailes i de recojidas temprano o tarde?

INES.—Nada sé de eso, tia; pero...

D.ª RUPERTA.—Sabe que mi hija se levanta a la hora que le da la gana, porque es rica, i tiene con que darse gusto!

INES.—Pero, tia, cálmese usted: yo no he dicho eso, sino porque...

D.ª RUPERTA.—No faltaba mas sino que tú vinieras a enseñarme a mí las reglas del buen tono; a mí que he nacido, que he crecido en Santiago, i que crio i educo a mi hija como conviene a una persona de su clase! ¿Te parece que en Santiago se va a un baile a prima noche, para recojerse a horas de cenar? ¡Pobre muchacha provinciana! Venir a enseñarme estas cosas a mí, que acabo de hablar con él... Si tú lo hubieras oido hablar anoche, habrias comprendido..

INES.—¿A quién, tia?

D.ª RUPERTA.—¿A quién ha de ser sino a nuestro simpático diputado, don Faustino Quintalegre, que anoche estuvo divino?

INES.—Ah!

D.ª RUPERTA.—Qué talento de hombre! qué maneras tan distinguidas, qué aire tan cortesano, qué movimientos tan elegantes, i sobre todo, qué galan con las niñas! No se separó, en todita la noche, de Dorotea, i bailó ocho veces con ella.

INES.—Ocho veces!

D.ª RUPERTA.—Sí, sí; ocho veces. Las llevé en cuenta, con las cuentas de mi rosario.

INÉS.—Todo eso podrá ser, tia; pero ¿quiere que le diga una cosa?

D.ª RUPERTA.—Habla!

INÉS.—Es que usted le está metiendo a mi prima mucho mas bulla que yo.

D.ª RUPERTA.—Es verdad que como tengo una voz tan vibrante,

segun me lo dijo anoche Faustino...¿Sabes tú lo que significa esta palabra *vibrante*? Él tambien me lo esplicó...Ah! voi a ver si esa pobrecita duerme. Es tan nerviosa como yo cuando tenia su edad. (*Vase.*)

ESCENA III

INES (*Llorando.*)

INES.—Ah! pobreza! Quién no te debe su desdicha? Madre mia! Cuando al morir me entregastes a mi buen tio don Victoriano, creiste haberme dado un padre, i moristes tranquila... No me quejo de mi tio; pero su mujer... esta mujer a quien me veo en la necesidad de dar el título de hermana de mi madre! ¿por qué se te parece tan poco, madre mia? ¿Por qué me ha de estar echando todos los dias en cara mi pobreza, como si yo tuviera la culpa de ser desgraciada? Tú, que estás en el cielo, madre mia, ruega por tu hija, por tu Ines, cuyos mas íntimos pensamientos conocias! Ah! si tú vivieras; si yo pudiera abrazarte como en tiempos mas felices, yo te diria al oido mi desdicha! Yo te diria: madre mia, amo a un hombre, i ese hombre se casará bien pronto con mi prima! i tú llorarias conmigo; i tus caricias consolarian mi pobre corazon, miéntras que ahora...(*Se pone la cabeza entre las manos, con muestras del mas profundo dolor.*)

ESCENA IV

INES.—DOROTEA.—(*Vestida fantásticamente.*)

DOROTEA.—Ines! Ines! qué desgracia la mia! yo quisiera llorar, pero no puedo....

INES.—Qué tienes Dorotea?

DOROTEA.—Mis lágrimas se resisten...

INES—Pero dime ¿qué es lo que te pasa?

DOROTEA.—I la frialdad con que me lo preguntas! (*Aparte*: Estas almas vulgares no saben sentir).—¿No echas de ver por mi semblante, el profundo dolor que me abruma?

INES.—Pero yo quisiera saber...

DOROTEA.—Ah! si el cielo te hubiera dotado de mi esquisita sensibilidad, habrias adivinado en mis ojos, i hasta en la inflexion de mi voz, este cruel dolor que me atormenta. Pero te lo diré, ya que es

necesario. ¿Te acuerdas del peinador de cuerpo entero, que mi papá me encargó a Santiago?

INES.—Si me acuerdo.

DOROTEA.—Pues bien, cuando esperábamos que habia de llegar en estos dias, recibió anoche mi papá una carta, en la cual le dicen que la carreta que lo traia se ha quebrado en el camino.

INES.—I no es mas que eso, Dorotea?

DOROTEA.—¿I te parece poco, Ines, el encontrarme sin peinador, ahora que tanto lo necesito? Ah! si tuvieras mi sensibilidad, me comprenderías. ¡Mi peinador de cuerpo entero! (*Llora*).

INES.—Cálmate, prima mia. Si ese espejo se ha quebrado, mi tio te encargará otro.

DOROTEA (*con un imperioso movimiento de niña antojadiza*). Es que yo lo necesito ahora, porque es preciso que le parezca bien... I ¿cómo puedo parecerle bien, si no puedo vestirme ni adornarme con esquisita elegancia? Compadécete, Ines, de mi desgracia!

INES.—No te aflijas, Dorotea...

DOROTEA.—Véome obligada a vestirme delante de un espejito de estos que no parece sino que se están riendo de una, pues en vez del retrato, se ve allí la caricatura. Oh! es un martirio horrible!... ¿Cómo he de poder presentarme ante mi pretendiente?

INES.—Pero, Dorotea, oye, por Dios! Tu amante es un jóven que te ama, no por los adornos postizos de tu cuerpo, sino por las cualidades de tu alma...

DOROTEA.—Es que tú no lo conoces, Ines! No hai un hombre mas apasionado por la belleza que él; i tiene una alma tan sensible, que hasta un lazo de cinta mal colocado le da mal de nervios. El mismo me lo dijo anoche. Figúrate que, estando para casarse en Santiago...

INES—El?

DOROTEA.—Oye. Al tiempo de ponerle las bendiciones, notó que la novia llevaba guantes de color patito, por lo cual dijo redondamente *nó*, i dejó a la tal novia plantada, delante de todos sus parientes.

INES.—Dios mio! ¿Estoi soñando?

DOROTEA.—Para que aprenda a manejarse como debe... Así seria ella de ignorante...

INES.—Pero eso es increible, Dorotea!

DOROTEA.—I sin embargo, nada es mas natural. Si tú estuvieses dotada de mi delicadeza de sentimientos, comprenderias la enormidad de aquella falta. ¿Cómo crees que un hombre de corazon se case con una mujer que, en el acto mas sério e importante de la vida, se

atreve a presentarse con guantes color patito? Esa mujer no sabe amar!

INES.—Si eso fuera cierto, creeria que Silverio estaba loco, cuando...

DOROTEA.—Silverio! Ja! ja! jáá! ¿Tú crees que te hablo de Silverio?

INES.—Así lo pensaba, Dorotea. ¿No es Silverio el amante preferido por tu corazon, i al cual tus padres te tienen prometida por esposa?

DOROTEA.—Es verdad que existe ese compromiso; pero he comprendido al fin que mi corazon no podrá nunca amar a un hombre tan vulgar como Silverio..

INES,—Ah! *(Aparte:* ¿Será verdad?)

DOROTEA.—Bien claro se lo demostré anoche.

INES.—I entónces ¿quién es?

DOROTEA.—El rival favorecido? Es Faustino Quintalegre, el héroe del baile de anoche.

INES.—¿Ese caballero recien llegado de Santiago?

DOROTEA.—¿El mismo, Ines, el mismo. No me dejó en toda la noche. ¡Qué jóven de tanto talento! Por eso el gobierno lo mandó elejir de diputado por este pueblo! ¡Qué amabilidad! Bailó conmigo ocho veces, por lo cual todas me miraban con envidia. Yo creo, Ines, que será un marido modelo, porque viste como un figurin, habla i baila como un figurin ..... Mira tú si una mujer de mis sentimientos no gozará al lado de un hombre tan fino, tan delicado......

INES —I tan figurin...

DOROTEA.—Así es! ¿No es verdad, mamá?

ESCENA V

DICHOS, DOÑA RUPERTA

D.ª RUPERTA.—Dices bien, hijita: Qué era lo que decias?

DOROTEA.—Le estaba contando a Ines mi conquista de anoche.

INES —Pero ¿cómo has podido adelantar tanto, Dorotea, en una noche?

DOROTEA.—Es que un jóven como Faustino hace, en una sola noche, lo que otros en un año: porque no creas tú que él me hablaba así como suelen hacerlo los mozos de provincia, que se andan por las ramas, i que es necesario que una les ayude. Nó! nó! Me hablaba como en Santiago, clarito como el agua, pues es jóven educado que

sabe decir las cosas con una claridad encantadora; i aunque una se defienda, él porfía sin descanso, hasta que la hace decir a una todo lo que él quiere. En el segundo baile, ya yo le habia correspondido, sin quererlo, a sus apretoncitos de manos, dados, eso sí, con la mas esquisita delicadeza. En el tercero, me hizo suspirar mas de dos veces; en el cuarto, tuve que mirarlo fijamente, para reprocharle su atrevimiento; pero no acabó el quinto, sin que yo hubiese vuelto a mirarlo, para manifestarle mi desenojo. ¿Para qué he de decir mas sino que en el sesto, me arrancó mas de cinco *síes*, i que ántes de llegar al octavo, nos habiamos jurado un amor eterno?

INES.—No se puede negar que el negocio marchó algo de prisa.

DOROTEA.—Al vapor, niña, al vapor, como sucede en Santiago. Allá se marcha al vapor en los asuntos amorosos. Con decirte que si un matrimonio no se realiza en un mes, contado desde la primera conversacion de los amantes, ya se pone aquello fiambre i de mal gusto!

D.ª RUPERTA.—Así mismo es; i hai matrimonios que en una sola noche de baile, se arman, se desarman; pelean los novios; vuelven a reconciliarse, i se casan al otro dia...

DOROTEA.—No importa. Así es como una mujer ha gozado en una semana, una vida entera de ilusiones.

INES.—No comprendo, Dorotea, cómo es que...

D.ª RUPERTA.—No te admires, Ines; esas son maneras de la alta sociedad, que tú no sabes porque no has estado en Santiago.

DOROTEA.—No se canse en balde, mamá. No todas las almas tienen las mismas tendencias. Ines piensa de un modo i yo de otro; i no puede ser de otra manera, porque las dos tenemos diversa manera de pensar. Esto es claro. Yo he nacido para la alta sociedad; un marido de provincia me mataria, i desde anoche sueño con los paseos, bailes i tertulias de Santiago. Mi alma estaba aletargada, cuando creia amar a Silverio, quien jamás me ha espresado su pasion con aquel fuego, aquella gracia, aquel sentimiento, en fin, de Faustino Quintalegre.

D.ª RUPERTA.—Es que Faustino te dice eso como se dice en la capital.

DOROTEA.—Así es que estoi resuelta a no acordarme mas de Silverio.

INES.—¿I tu palabra empeñada? ¿I el amor que le has jurado a ese mozo?

DOROTEA.—¿I crees tú, pobre Ines, que una mujer que empeña hoi su palabra, ha perdido la libertad de desempeñarla mañana?...

D.ª Ruperta.—¡Eso si que nó! La mujer tiene derechos inalienables, i el mas santo de todos esos derechos es el de anular mil *síes* con un solo *nó*.

Dorotea.—Sobre todo, cuando a ello nos obliga este tirano que llevamos dentro del pecho.

D.ª Ruperta.—Tales son las leyes que rijen al gran mundo.

Dorotea.—Así me lo esplicó Faustino anoche. Hablando con él, me parecia estar en Santiago. Ya se ve. El tambien me dijo que yo era una verdadera santiaguina.

Ines.—¿I si mi tio quisiera obligarte a que le cumplieses la palabra a Silverio?

D.ª Ruperta.—No la obligará, porque aquí estoi yo!

Dorotea.—Ah! si mi papá fuera tan cruel que me obligase a casarme con un hombre que no sabe ponerse la corbata, me moriria...

D.ª Ruperta.—No te aflijas, hija mia. ¡No te casarás con él!

Dorotea.—Figúrate, Ines, que anoche se atrevió Silverio a ir al baile con corbata de color! Pero ahora que me acuerdo ¿que te parece mi peinado? Mírame bien el vestido por detras. ¿Hace bulto elegante i de gusto? Es una verdadera desgracia que no haya llegado mi espejo de cuerpo entero!

Ines. (*examinando el vestido*).—Si he de decirte la verdad, Dorotea, a mí me parece un poco exajerado este bulto.

Dorotea.—¿Qué llamas tú exajerado, cuando este vestido ha sido hecho en Santiago por la modista recien llegada de Paris? Pero álguien viene...

D.ª Ruperta.—Esa es la voz de Victoriano, que ha ido por mi órden, a visitar a nuestro diputado.

Dorotea.—Bien hecho, mamá. Voi a preguntarle a mi papá qué le he parecido. (*Va hácia la puerta del fondo i vuelve corriendo*). Mamá! mamá! Mi papá viene con él!

D.ª Ruperta.—¿Con Quintalegre?

Dorotea.—*Hace señas de que sí, como embargada por la emocion.*)

D.ª Ruperta.—Quién sabe si en Santiago se usa ahora venirse con el visitante, para pagarle, a renglon seguido, la visita?

Dorotea.—Preciosa moda! Pero salgamos...La emocion debe haberme puesto colorada, i no debo presentarme a él con éste color tan provinciano... ¡Se muere por las mujeres pálidas, mamá!

D.ª Ruperta.—Pues entónces, ven acá a ponerte los polvos de arroz.

DOROTEA.—Ven, Ines, a ayudarme a inflarme un poco mas el vestido...

INES.—Pero ¿No estás ya bastante inflada?

DOROTEA.—Todavía no, Ines! Ven pronto! (*Vase con doña Ruperta.*)

ESCENA VI

INES.

Qué par de locas! Me han dado ganas de conocer al galan, i este plumero me servirá de pretesto. (*Coje un plumero, i se pone a sacudir las mesas, manifestando distraccion.*)

ESCENA VII

INES, DON VICTORIANO, FAUSTINO

D. VICTORIANO (*en la puerta*).—Porque como yo soi municipal... Señor don Faustino, entre usted!

FAUSTINO.—Sírvase usted pasar, señor don Victoriano.

D. VICTORIANO.—No lo permitiré de ningun modo! Pase usted! (*Entra Faustino.*) Porque, como yo soi municipal... Ines, ve a decir a la Ruperta, que una visita la espera aquí.

INES.—(*Hace una cortesia a Faustino*) Voi allá al momento. (*Aparte*: Parece un títere el señor diputado del gobierno.) (*Vase.*)

ESCENA VIII

DICHOS *ménos* INES

D. VICTORIANO.—Porque como yo soi municipal... Siéntese usted, señor.

FAUSTINO.—(*sentándose*).—Gracias. ¿Decia usted?

D. VICTORIANO.—Decia que, como yo soi municipal, estuve toda la noche ocupado en el cabildo, i me fué imposible asistir al baile. Pero la Ruperta me encargó encarecidamente esta mañana que fuese a hacerle a usted la visita de cumplimiento...

FAUSTINO.—I por eso no he querido tardar en venir a dar las gracias a tan cumplida i amable señora.

D. VICTORIANO.—En cuanto a eso, es la mujer mas cumplida del

mundo; vive pendiente de la moda, i no se le escapa un ápice de las reglas de la etiqueta. Ya se vé! criada i nacida en Santiago.

FAUSTINO.—Eso se conoce a la distancia.

D. VICTORIANO.—Usted la tratará de cerca, i verá qué cabeza aquella! ¡Le aseguro que a mí me tiene como un reloj! No me deja pasar una, porque ella está siempre al cabo de todo lo que sucede en Santiago: así es que ha educado a nuestra hija, que da gusto. Ya se vé, la muchacha tiene un memorion, que es para dejar pasmado, cuando uno la oye recitar una novela de Alejandro Dumas.

FAUSTINO.—Ah, señor! anoche fué Doroteita la reina del baile.

D. VICTORIANO.—¿No es verdad, señor, que parece una verdadera santiaguina? Perdónele a un padre esta franqueza. ¡Quiero tanto a mi hija!

FAUSTINO.—Esos sentimientos honran a usted i a toda su familia, señor. (*Aparte*: Es un viejo orijinal).

D. VICTORIANO.—Sí, amigo mio, todos mis esfuerzos se cifran en mantener a la debida altura la honra i el tono de mi familia; i desde que soi municipal, he tratado de poner mi casa bajo el pié que corresponde a la dignidad que invisto, como dice mi mujer.

FAUSTINO.—Hace usted mui bien.

D. VICTORIANO.—Verdad es que me cuesta algunos pesitos al año; pero la Ruperta no es mujer que se mira en gastos, cuando se trata de seguir la moda; i desde que hago parte del municipio de este pueblo, puedo decir a usted... Pero aquí vienen ellas...

ESCENA IX

DOÑA RUPERTA, DON VICTORIANO, DOROTEA, FAUSTINO

D.ª RUPERTA.—Señor don Faustino ¡cuán dichosa soi, con ver a usted en esta casa!

FAUSTINO.—Mayor es mi dicha, señora, en poder presentar a ustedes mis respetos...

DOROTEA.—Mil gracias, señor. (*Aparte*: ¡qué elegancia!)

FAUSTINO.—Me he apresurado a venir, porque, como, por desgracia mia, solo puedo permanecer hasta mañana en esta encantadora ciudad...

DOROTEA.—Ah!

D.ª RUPERTA.—¿Tan pronto se vuelve usted a Santiago? Ya se ve! este pueblo no presenta alicientes...

FAUSTINO.—Qué dice usted, señora! Aquí no echa nada de ménos un viajero de la capital (*Aparte:* Casi me han muerto de hambre en eso que llaman hotel.) Belleza, gracias femeniles, sociedad escojida, todo, todo se encuentra en este pueblo, que con mucha justicia merece el nombre de *Santiaguito* (*Aparte*:—No hai mas que alabarles su pueblo a los provincianos.)

D. VICTORIANO.—Eso mismo digo yo; pero hai aquí jentes enemigas del señor gobernador, que por el gusto de hacer oposicion al gobierno (que es un gusto que yo no entiendo), no cesan de vociferar por esas calles que el pueblo no adelanta; i cierran los ojos para no ver cuanto hacemos los municipales. Mire usted: desde que soi cabildante, que hará como trece años, se ha gastado, solo en componer veredas, mas de doscientos pesos largos.

D.ª RUPERTA.—Son jentes rojas esas que hablan, i solo por envidia lo hacen.

D. VICTORIANO.—Así es. No hai vereda de las de los municipales que no esté arreglada; i solo cuando llueve mucho no mas suele cortarse el tráfico en algunas.

D.ª RUPERTA.—De aquí nace la envidia; i como ven que en todas las elecciones gana siempre la lista en que se halla Victoriano...

D. VICTORIANO.—Es decir, la del gobierno: porque ha de saber usted que el ministerio ha tenido siempre a bien el que yo represente los intereses de esta localidad.

FAUSTINO.—Esto no prueba sino de la honorabilidad de usted.

D.ª RUPERTA.—I tambien que esta municipalidad es como la de Santiago, es decir, formada de las personas mas respetables...

D. VICTORIANO.—No todas por desgracia, pues los rojos consiguieron meter uno de los suyos este año; i allí tenemos que sufrir aquel hombre, que se lleva dale que le darás, oponiéndose a todo. I luego quieren que un pueblo adelante! Mire usted: anoche tuvimos una sesion mui acalorada; i desde que soi municipal, no he visto nada parecido.

FAUSTINO.—¿I sobre qué asunto se trató?

D. VICTORIANO.—Sobre la reja que habia de rodear el jardin que pensamos poner en la plaza.

DOROTEA.—Ah! ¿Vamos a tener jardin como en Santiago?

D. VICTORIANO.—Sí, hija. Comenzamos por discutir sobre si se pondria o nó la tal reja. El rojo se opuso, diciendo que la municipalidad estaba pobre...

D.ª Ruperta.—Pero ¿no les dijiste que en Santiago...

D. Victoriano.—Vaya si se los dije! Les ganamos la votacion. Luego volvieron a dividirse los pareceres; el rojo opinaba porque la reja fuese de madera, fundándose siempre en la pobreza del municipio...

D.ª Ruperta.—Siempre la misma razon para todo!

D. Victoriano.—Así son ellos. Tambien les ganamos esta votacion, así como la siguiente, sobre el color de la reja...

Faustino.—¿I qué se decidió?

D. Victoriano.—Que fuese verde como la de Santiago.

Faustino.—Por manera que ustedes no perdieron ninguna votacion.

D. Victoriano.—Si no las perdemos nunca, señor mio! ¿No ve usted que formamos el partido de mas peso? Desde que el supremo gobierno me tiene aquí de cabildante, no he perdido jamás una sola votacion.

D.ª Ruperta.—¿I de qué le serviria al gobierno tener el mando, si no elijiera de lo mejor?

Faustino—(*Aparte*:—Son los dos cortados a una tijera.)

D. Victoriano.—Pues, señor, como el maldito rojo es incansable, se opuso a que plantásemos en el jardin flores estranjeras, porque costaban caro...

D.ª Ruperta.—¡Qué hombres tan empecinados! No conocen otra razon que la de la pobreza...

Faustino (*Aparte*:—I no deja de ser una buena razon.) ¿Por supuesto que ustedes salieron vencedores?

D. Victoriano.—Sí, señor; i tambien en la última, sobre si plantariamos en la plaza árboles traidos de Santiago o de nuestras montañas.

D.ª Ruperta.—¿Apuesto a que ellos eran por plantar árboles brutos del cerro, en lugar de los estranjeros de la Quinta Normal?

D. Victoriano ¡Adivinaste, mujer! (*Aparte a Faustino.*—Ya vé cómo esta mujer no tiene un pelo de tonta). El partido de los locos decia que plantásemos aquí peumos, maitenes, litres, como si no los tuviésemos de sobra en esos cerros.

D.ª Ruperta.—¿Dando siempre por razon, la pobreza?

D. Victoriano.—No, sino que debiamos hacerlo así para cultivar nuetros árboles, i estudiarlos de cerca, por patriotismo i qué sé yo que mas. Pero yo me le encaré i les dije: ¡bárbaros! ¿Hasta cuándo

serán ustedes porfiados i rojos? ¿No ven que les hemos ganado todas las votaciones; i que esta, que es la moza, tampoco la hemos de perder? Vengan acá i díganme ¿qué árboles son los que hai en la plaza de Armas de Santiago? ¿Han visto allí algun maiten, quillai o boldo? ¿I piensan ustedes ser mas patriotas que el gobierno, cuando por puro patriotismo, está allá en la casa de Moneda cumpliendo con la comision que le dió el gobierno pasado, de rejir el país, i de elejir patrióticamente al gobierno que viene? En fin, fué tanto lo que les hablé, que...

FAUSTINO.—¿Se dieron por vencidos?

D. VICTORIANO.—Nó, señor, pero salieron vencidos, que es lo que importa. ¡Nunca habia trabajado tanto, desde que soi cabildante!

DOROTEA.—De todos modos, tendremos jardin con flores estranjeras, i árboles de la quinta normal, como en Santiago ¡qué gusto mamá!

VICTORIANO.—Sí, hija mia, tendremos todo eso, una vez que la ilustre municipalidad encuentre un prestamista, que facilite el dinero...

DOROTEA.—¡Pero, papá! ¿a qué esperar eso del prestamista, para hacer el jardin?

D. VICTORIANO.—¿Qué dices, niña?

DOROTEA.—Que hagan primeramente el jardin, i despues arreglarán el otro asunto del prestamista, o qué sé yo.

D.ª RUPERTA (*aparte i dando con la rodilla a Dorotea.*—Calla).

ESCENA X

DICHOS. INES

INES (*A don Victoriano.*)—Un caballero que lo aguarda en su cuarto necesita hablar urjentemento con usted.

D. VICTORIANO.—Debe ser de la municipalidad. Estas cuestiones del jardin nos tienen a todos revueltos en este pueblo. No me dejan descansar; i luego dicen los rojos que no hacemos nada! Díle, Inés, que me espere.

FAUSTINO (*A doña Ruperta*).—Yo creia que usted no tenia sino una sola hija.

D.ª RUPERTA (*A media voz*). Así es, señor; esta muchacha...

FAUSTINO.—Es una preciosa niña.

D.ª RUPERTA (*En el mismo tono*).—Es una sobrina de mi marido, a quien he recojido por caridad.

D. VICTORIANO.—Dispénseme, señor don Faustino; un asunto importante me obliga a separarme de usted.

FAUSTINO.—¡Oh, mi señor don Victoriano! cumpla usted con lo sagrados deberes de su dignidad consejil: yo estoi mui léjos de querer privar a la patria de sus importantes servicios.

D.ª RUPERTA (*Aparte a Inés.*—¿Quién es ese caballero que espera?)

INES (*Aparte a doña Ruperta.*—Silverio.)

D.ª RUPERTA. Está bien. Véte de aquí.

D. VICTORIANO.—Queda usted en su casa, señor don Faustino.

FAUSTINO.—Mil gracias.

D. VICTORIANO.—I en cuanto a lo del arriendo, haremos negocio. (*Bajando la voz*) —Basta que usted sea como yo, de los elejidos por el supremo gobierno. ¿Está usted?

FAUSTINO —Sí, señor mio. Comprendo i le agradezco a usted, porque el pueblo me ha gustado, i veo que adelanta con pasos de jigante......

D. VICTORIANO.—Oh! sí, señor de jigante......

FAUSTINO.—En razon a que sus intereses locales están a cargo de una municipalidad tan escojida...

D. VICTORIANO.—¿Qué quiere usted? escojida por el supremo gobierno, que tiene en donde elejir a su gusto.

FAUSTINO.—Un pueblo que sigue en todo las huellas de la capital.

D. VICTORIANO.—¡Por supuesto! I seguiremos con pasos de jigante esas huellas miéntras el gobierno siga la jigantescas huellas de... del gobierno. ¿Me esplico?

FAUSTINO.—Perfectamente, i confío en que usted...

D. VICTORIANO.—Yo seré siempre un amigo dispuesto a servirle con todos mis posibles, no solo en esta casa sino en la municipalidad. Cuente con mi fundo.

D.ª RUPERTA (*Hace imperiosamente una seña a Inés para que se retire.*)

(*Vanse Inés i don Victoriano.*)

ESCENA XI

FAUSTINO, DOÑA RUPERTA I DOROTEA

FAUSTINO.—¡Qué caballero tan cumplido! Parece criado en Santiago.

D.ª RUPERTA.—I sin embargo, no ha estado jamás en la capital.

DOROTEA *(Aparte:*—¡Qué visita tan inoportuna la de Silverio! Ahora lo aborrezco!)

FAUSTINO.—Pero yo sé el secreto.

DOROTEA.—No lo crea, señor. Ese mozo que ha venido a ver a mi papá es un...

D.ª RUPERTA *(Aparte:*— Calla, niña!)

FAUSTINO.—Digo que yo sé por qué don Victoriano, sin haber estado jamás en la capital, posee esas maneras tan elegantes.

D.ª RUPERTA.—¿Por qué?

FAUSTINO.—Porque ha vivido a su lado, señora.

D.ª RUPERTA.—Favor que usted me hace, señor. Verdad es que conozco la alta sociedad, i trato de que mi familia se imponga de los usos i maneras sociales.

DOROTEA.—En cuanto a eso, yo puedo estar orgullosa de mi mamá. No deja nunca de enseñarme los usos sociales; i ya sé cómo se va a los bailes, cómo se hacen los paseos, cómo debe una niña conducirse en la filarmónica, i en fin, todas las maneras de la alta sociedad.

FAUSTINO.—Por eso decia yo que don Victoriano ha vivido aquí como en la capital.

DOROTEA.—El nombre de las calles, las plazas, todo me lo ha enseñado mi mamá; así que puedo pasearme con la imajinacion por todo Santiago. Pero como ella no ha visto despues de trasformado, el cerro de Santa Lucía, nada ha podido decirme... Dicen que Vicuña Mackenna lo ha puesto mui lindo.

FAUSTINO.—¡Ah, señorita! El intendente de Santiago es un verdadero Mago, que con su varita de virtud ha escrito sobre aquellas rocas la palabra *buen gusto*, convirtiendo aquel monton informe en un grupo de cristales, obeliscos, pirámides, agujas, rampas, esplanadas i escaleras. Hoi ruedan vehículos por donde ayer solamente volaban los pájaros. Las cumbres del histórico cerro se han alegrado, al sentirse oprimidas por el diminuto pié de las hermosas. El arte ha ido allí a auxiliar a la naturaleza; i auxiliado tambien por ella misma, ha convertido las rocas en estatuas; las ha hecho hablar con el murmullo de las aguas, que aparecen por entre sus grietas corriendo, ondulando o despeñándose en espumosas i chispeantes cascadas, i las ha engalanado con árboles, flores i arbustos de mil colores i formas.

DOROTEA.—Ah! mamá! ¡qué cosa tan encantadora! Yo daria cuanto

tengo por ver tanta belleza. ¿Por qué la municipalidad no hará tambien aquí un Cerro de Santa Lucía?

D.ª Ruperta.—Yo se lo diré a tu padre, i él hablará en el cabildo sobre el particular.

Faustino.—Este pueblo, siguiendo como hasta ahora los pasos de la capital, una vez que tenga un cerrito, por pequeño que sea, se convertirá en un verdadero paraiso.

Dorotea.—¿Lo cree usted así, señor?

Faustino.—Sí, señorita; i aun creo que, sin necesidad del cerrito. merece desde luego el nombre de paraiso, una ciudad como esta, en donde hai tantos ánjeles.

Dorotea.—¡Ah!

Faustino.—Pido a ustedes permiso para retirarme.

D.ª Ruperta.—¡Tan pronto!

Dorotéa.—¿Cuando apénas ha comenzado usted la visita?

D.ª Ruperta.—Ruégole que no sea ésta la última vez.

Faustino.—No tiene para qué rogarme una cosa que yo tan ardientemente deseo. Señora, beso a usted la mano. Señorita, a los piés de usted.—(*Vase.*)

ESCENA XII

DICHOS, *ménos* FAUSTINO

Dorotea (*Abrazando a doña Ruperta*).—Mamá! ¡mamá! ¡Este hombre... Este.... hombre!

D.ª Ruperta.—Cálmate, niña, porque no es bueno que una muchacha sea así tan impresionable, tan sentimental, tan...

Dorotea.—Pero, mamá, por Dios! Este hombre es el único con quien puedo ser feliz. Anoche soñé con él... Mamá ¿quiere que le diga una cosa? como usted me ha dicho que una hija no debe ocultarle nada a su madre....

D.ª Ruperta.—Dime ¿qué cosa es esa?

Dorotea.—Que me casaria con él ahora mismo, para que me llevase a Santiago.

D.ª Ruperta.—Que niña de tanta sensibilidad! Cálmate, Dorotea... Pero ¿de qué me admiro, si yo era lo mismo que ella, cuando tenia su edad?

Dorotea.—I cuando estuviéramos en Santiago, nos pasearíamos en *vehiculo por donde ayer volaban los pájaros.* ¿Se fijó usted en eso que dijo?

3

D.ª Ruperta. Sí me acuerdo. Pero no te impresiones tanto.

Dorotea.—Es que temo...

D.ª Ruperta.—Ten confianza, porque te miraba con unos ojos que... Yo tengo esperiencia, i sé mui bien lo que aquellas miradas querian decir.

Dorotea.—Pero se va! se va!

D.ª Ruperta.—Si él es fino, ha de volver, querida mia.

ESCENA XIII

DOÑA RUPERTA, DOROTEA, DON VICTORIANO

D. Victoriano.—¿Sabes lo que me ha pasado, Ruperta?

D.ª Ruperta.—Habla, hombre!

D. Victoriano.—Es el caso que, despues de haber hablado con Silverio sobre su matrimonio con Dorotea...

Dorotea.—Ah, papá!

D. Victoriano. Que el muchacho desea realizar pronto...

Dorotea.—Papá! papá mio! usted no querrá ver muerta a su hija!

D. Victoriano. ¿Qué significa esto, Dorotea?

Dorotea.—Es que...

D.ª Ruperta.—Calla, niña; i tú, Victoriano, prosigue.

D. Victoriano.—Prosigo. Pues, señor, cuando yo salia de mi cuarto, me encontré con don Faustino, quien, sin mas acá ni mas allá, me pidió la mano de Dorotea.

D.ª Ruperta.—Lo estaba adivinando!

Dorotea.—¿I usted qué le contestó, papá?

D. Victoriano.—¿Qué habia de responderle, sino que tenia mi palabra empeñada, i que acababa de hablar con tu novio?

Dorotea.—Ah! yo me muero! (*Se desmaya*).

D.ª Ruperta.—Padre desnaturalizado! Has muerto a tu hija!

D. Victoriano.—¿Yo desnaturalizado? No entiendo. Dorotea, ¿qué tienes?

Dorotea.—Papá desnaturalizado, usted ha muerto a su hija!

D. Victoriano.—Esplícame, Ruperta, qué significa esto.

D.ª Ruperta.—Esto significa que Dorotea no quiere casarse con Silverio.

D. Victoriano.—¿Por qué razon?

D.ª Ruperta.—Porque ama a Faustino.

D. Victoriano.—Ah! Yo no sabia...

D.ª Ruperta.—Por eso te he dicho que jamas tomes una determinacion séria, sin consultarme.

D. Victoriano.—Pero mujer ¿qué necesidad tenia de consultarte ahora, cuando sé que hemos de cumplir la palabra que le hemos dado a Manuel, de casar a Dorotea con su hijo Silverio, i sobrino tuyo?

D.ª Ruperta.—Pues entre mi sobrino i el diputado, prefiero al diputado.

Dorotea.—I yo tambien.

D. Victoriano.—¿I la palabra que tenemos empeñada?

D.ª Ruperta.—¿Qué sabes tú de palabras, hombre sin educacion? ¿No ves lo que sufre tu hija?

D. Victoriano.—Pero, Ruperta, yo no se...

D.ª Ruperta.—¿Quiéres enseñarme a mí cómo se conduce la jente ilustrada, en casos semejantes? ¿Te parece que en Santiago respetan estúpidamente una palabra dada, cuando se trata del establecimiento de una hija, hombre sin corazon?

D. Victoriano.—Pero, Ruperta, si yo no tengo corazon, tengo honradez, i mis padres me han enseñado...

D.ª Ruperta.—¿I qué sabian tus padres, pobres provincianos que jamás divisaron la plaza de Armas? Corre al momento a deshacer lo que has hecho. No te detengas. Ve i dile que has reflexionado mejor, i que prefieres que él sea el esposo de nuestra hija.

D. Victoriano (*empujado por doña Ruperta, va a salir i vuelve*)—Lo peor es que, por esta negativa mia, se ha deshecho un negocio que teniamos palabreado.

D.ª Ruperta.—¿Qué negocio es ese?

D. Victoriano.—Has de saber que don Faustino me queria arrendar mi fundo de la Rinconada; i esta mañana hablamos largamente sobre el particular. Solo nos faltaba convenir en el cánon, cuando este incidente ha venido a entorpecer el negocio.

D.ª Ruperta.—Razon mas para ir a desdecirte de tu negativa.

D. Victoriano.—Yo creo que él la ha recibido mui mal.

D.ª Ruperta.—Razon de mas, Victoriano!

D. Victoriano.—I que desea casarse con Dorotea, tanto como arrendar el fundo.

D.ª Ruperta.—Razon mas, razon mas, hombre de Dios! Toma tu sombrero, ántes que la cosa se enfrie, i no pierdas tiempo.

D. Victoriano. (*encaminándose hácia la puerta*) voi allá. (*Vuelve a la escena.*)—Pero dime, mujer ¿estás bien segura de que, siendo como soi un hombre honrado, puedo faltar a mi palabra?

D.ª Ruperta.—Si no estuviera segura, Victoriano, no te lo aconsejaria. No ves que se trata del porvenir de nuestra hija querida?

Dorotea.—De mi porvenir, papá?

D. Victoriano.—Pero mi dignidad de cabildante elejido por el gobierno...

D.ª Ruperta.—Razon de mas para que puedas faltar sin escrúpulo a tu palabra, i desdecirte, sin que tu honor sufra en lo mas mínimo. Es cosa que he visto yo mil veces en Santiago!

D. Victoriano.—Pues siendo así, voi al momento.

D.ª Ruperta.—I no le pidas mui caro por el arriendo, porque al fin i al cabo, todo quedará en casa. (*Vase don Victoriano.*)

ESCENA XIV

DICHOS *ménos* DON VICTORIANO, *despues* INES.

D.ª Ruperta.—No te lo decia, Dorotea? Aquellas miraditas significaban algo!

Dorotea.—Ah! mamá; no me cabe el corazon en el pecho! qué pasos son esos?

Ines.—(*Mirando por la ventana hácia el patio esterior.*—Es Silverio que viene...

Dorotea.—Jesus? qué hombre tan mal criado? No sabe llegar nunca a tiempo. Lo aborrezco! Vámonos mamá!

D.ª Ruperta.—Vámonos, hija mia; pero ten calma.

Dorotea.—Nó, nó, mamá! Lo aborrezco, lo aborrezco!

ESCENA XV

INES, SILVERIO

Silverio.—Ines, creí haber oido hablar aquí a mi tia.

Ines.—Acaba de retirarse: voi a llamarla.

Silverio.—Gracias querida prima, por haber adivinado mis deseos.

Ines.—(*Aparte.*—Pobre Silverio! Qué golpe tan cruel va a sufrir! I tan digno de ser amado!

ESCENA XVI

SILVERIO (*Dejándose caer en un sillon.*)

Aguardaré aquí... Yo quiero que ella me esplique su conducta de anoche.

Cae el telon

ACTO SEGUNDO

ESCENA I

SILVERIO (*Paseándose ajitadamente a lo largo de la sala.*)

No sé qué pensar de la conducta de mi tia, pues no parece sino que tratase de huir de mí, segun ha sido su prisa en retirarse de aquí. Porque si ella no me vió, Ines debió decirle que era yo quien venia a visitarla. ¿I Dorotea? ¿Qué motivo he podido darle para que se condujera como lo hizo conmigo anoche, en el baile? Solo tenia miradas para el héroe de la fiesta, i no pude conseguir que bailase una sola vez conmigo. Cuando llegué, ya estaba comprometida para todos los bailes con el tal don Faustino.

ESCENA II

SILVERIO, INES

Silverio.—Dime, Ines, ¿por qué me hace esperar tanto mi tia? Qué ha sucedido? ¿Se ha enfermado ella, o bien Dorotea..

Ines.—No, Silverio; ambas gozan de perfecta salud; pero tu tia me ha encargado decirte..... (*Aparte*:—No sé como darle este descortés recado.)

Silverio.—¿Qué te ha dicho mi tia?

Ines.—Que no saldrá a recibirte.

Silverio.—Por qué razon?

Ines—No me ha dicho la causa, sino solamente que tú, como persona que has estudiado en Santiago, debes sacar la consecuencia de esta negativa.

Silverio.—Qué significa esta conducta? Acaso he cometido alguna falta que me haga merecedor de tal desprecio? I Dorotea?

Ines. —Dorotea me encargó que te dijese lo mismo.

Silverio.—Gran Dios! aquí hai algo que yo no comprendo.... algun chisme, sin duda..... Porque no puedo persuadirme de que Dorotea haya olvidado, sin motivo alguno, sus protestas de amor...... Dime, Ines, me aprecias?

Ines. (*Conmovida*).—Yo? I cómo pudiera no apreciarte, Silverio?

Silverio.—Gracias Ines. Tú eres buena, prima mia, i no dudo de que tu corazon de ánjel sabrá comprender mi dodor.

Ines, (*Aparte:*—Mi corazon! Si supiera él lo que mi pobre corazon sufre!)

SILVERIO.—Querida Ines, dime: ¿qué le has oido decir a mi tia o a Dorotera, de mí?

INES.—Yo? Nada......... (*Aparte:* Cómo he de terner fuerzas para decirle ....)

SILVERIO.—Pero es preciso, Ines, que esta accion de mi tia tenga alguna causa. Es preciso que Dorotea tenga algun motivo sério para romper conmigo. Los vínculos formados por un amor de seis años no se cortan en un dia. Sin embargo, Dorotea se ha conducido conmigo, en el baile de anoche, como si yo fuera indigno de su cariño. ¿Por qué esta mudanza tan repentina? No puedo creer que sea causada por un nuevo amor, porque esto seria insultar a Dorotea. Dime, Ines, por Dios, si sabes que álguien haya venido a calumniarme ante ella!

INES.—No es eso, Silverio.

SILVERIO.—Ah, Ines! Dices que no es eso: luego tú sabes el motivo de tan repentino desvio. Ah! dímelo, Ines, por lo que mas quieras; hazme saber la causa de mi desdicha, tú que hasta ahora has sido la mas querida de mis amigas!

INES. (*Aparte:*—Corazon mio, no me vendas!) Antes de contestarte, dime, Silverio, si podrás dejar de amar a Dorotea.

SILVERIO.—¿I por qué me greguntas eso? Aun cuando pretendiera olvidar este amor, que ha constituido la dicha de mi corazon i la única aspiracion de mi alma...

INES. (*Aparte:* Cuánto la ama!)

SILVERIO.—Aun cuando lo pretendiera, Ines, yo no podria dejar de pensar en Dorotea.

Ines. (*Aparte:*—Dios mio! dame fuerzas para cumplir con mi deber!) ¿Ni aun cuando vieras que ella ama atro?

SILVERIO.—A otro! Eso es! I tú, Ines, que pretendes ser mi verdadera amiga, ¿me das una noticia que me causará la muerte? Ella ama a otro!

INES.—Oye, Silverio; cálmate. Esto no es mas que una suposicion...

SILVERIO.—Amar ella a otro? I desde cuándo? Ayer me juraba un amor eterno... Pero ese hombre la ha seducido con engañosas palabras. Yo debí haberlo comprendido anoche... Ines, querida amiga mia, díme a quién ama Dorotea!

INES.—No lo sé, Silverio, (*Aparte:*—I sin embargo, me seria tan fácil dividirlos!)

SILVERIO.—Tienes razon, Ines, para estar enfadada conmigo. Per-

dóname; he sido injusto contigo, Ines; pero ya sabes el lugar que ocupas en mi corazon. Es imposible hablar contigo sin quererte

INES (*Aparte:*—Ah! si yo no viera en sus palabras otra cosa que el reflejo de su amor por otra mujer.)

SILVERIO.—Qué tienes, Ines? Por qué no me contestas? Tú estás enferma!

INES (*Apoyándose en una de las sillas.*)—Yo? No es nada... El calor de esta pieza ..

SILVERIO.—Feliz tú, amiga mia, que no conoces este dolor de verse despreciado por la persona que uno ama!

INES (*Aparte:*—Ojalá no lo conociera!)

SILVERIO.—Lo que he oido me basta para comprender mi desdicha; pero quiero oir pronunciar mi sentencia por la boca misma de Dorotea. Voi a hablar con mi tia. (*Se encamina hácia la puerta de la derecha, a tiempo que don Victoriano aparece en la puerta del fondo.*)

ESCENA III

DICHOS, *don* VICTORIANO

D. VICTORIANO (*En la puerta.*)—Ruperta! Negocio hecho! El hombre se avino a todo.. Ah! Silverio! Se me habia olvidado...

SILVERIO.—Aquí me tiene usted, señor, para recordarle lo que acabamos de hablar ahora poco rato...

D. VICTORIANO (*Aparte:*—En buena me he metido) qué es lo que quieres, Silverio?

SILVERIO.—Que me diga el por qué he merecido el desprecio de ustedes.

D. VICTORIANO.—Hombre! Si yo no te he despreciado jamás! Eres el hijo de mi buen cuñado Manuel ¿cómo he de despreciar yo a un tan buen muchacho como tú?

SILVERIO.—No obstante, mi tia acaba de enviarme un recado que importa una verdadera despedida de su casa...

D. VICTORIANO.—Cosas de tu tia, hombre; pero yo no...

SILVERIO.—Como usted es el jefe de la familia...

D. VICTORIANO.—Quién puede dudarlo?

SILVERIO.—Por eso quiero que usted me esplique esta accion de mi tia.

D. VICTORIANO.—¿Esplicarte yo las acciones de la Ruperta, hombre? Te confieso verdaderamente que, aun cuando yo soi el jefe de la

familia, casi siempre me quedo en ayunas de lo que tu tia hace. Ella tiene sus reglas para todo, i tú, que has vivido en Santiago, debes entenderlas mejor que yo. Pero si no las entiendes, ella te las esplicará de pe a pa. (*Se encamina a la puerta de la derecha.*) Ruperta! Ruperta! (*Aparte:*—Esta mujer me suele meter en unos pantanos...) Ruperta!

ESCENA IV

Don VICTORIANO, *doña* RUPERTA, INES, SILVERIO

D.ª Ruperta.—Qué gritos son esos, Victoriano? Es esa la manera cómo debe conducirse una persona educada, que ocupa un rango en la edilidad de este pueblo?

D. Victoriano.—Perdóname, Ruperta. Hai veces que grito como si estuviera en el campo, porque se me olvida que soi cabildante. Pero aquí está Silverio, que quiere pedirte esplicaciones...

D.ª Ruperta.—I qué desea que yo le esplique, el señor don Silverio?

Silverio.—Aunque ahora no merezca el título de sobrino con que siempre me ha honrado usted, quisiera saber por qué me ha enviado con Ines ese descortés recado.

D.ª Ruperta.—¿I de qué te sirve, Silverio, haber estado ocho años en Santiago, si no comprendes lo que te hemos querido significar?

D. Victoriano.—Eso mismo le he dicho yo. Debiera haberlo comprendido al momento, i no venir a que yo le esplicase las acciones de mi mujer.

Silverio.—Si esto es una burla, tia, le aseguro que es de mal gusto; i si es de veras...

D.ª Ruperta.—Pero mira, niño, ¿no echas de ver que cuando la madre de una novia no quiere recibir al novio, es como si le dijera que se da por terminado aquel novíazgo?

D. Victoriano.—Esto es evidente.

Silverio.—¿Con que esto es lo que usted me ha querido decir?

D. Victoriano.—Eso mismo, hombre. ¿No te decia que ella te lo habia de esplicar en un santiamen?

Silverio.—Sin embargo, como este es un asunto que solo Dorotea debe decidir, espero oir de su propia boca el *no* que usted me ha querido significar.

D.ª Ruperta.—Ya que así lo quieres, yo misma iré a buscar a mi

hija, sin embargo de que debieras ahorrarnos este modo grosero de darte calabazas.

D. VICTORIANO *(aparte a doña Ruperta, miéntras ésta va a salir por la puerta de la derecha.* Dile a la niña que el hombre ha pasado por todo, i que se ha llevado el arriendo baratito.)—*(Vase doña Ruperta.)*

ESCENA V

DICHOS, *ménos* DOÑA RUPERTA

SILVERIO.—Señor tio, si yo no hubiera sido testigo de esta vergonzosa escena, no la creeria; i no entiendo cómo es que...

D. VICTORIANO.—Pues, hombre, a mí me pasa lo mismo: casi nunca entiéndo estas cosas, sino despues que la Ruperta me las ha esplicado.

SILVERIO.—¿Qué le contestará usted a mi padre. cuando le venga a exijir el cumplimiento de su palabra empeñada?

D. VICTORIANO.—¿Entónces crees tú que yo tengo obligacion de cumplir...

SILVERIO.—Pues no ha de tenerla! Todo hombre debe...

D. VICTORIANO.—Ya sé que el hombre lo es por su palabra, i el buei por el hasta; pero advierte que yo soi un hombre de dignidad consejil, un cabildante de los elejidos por el gobierno; i por consiguiente, puedo faltar, sin menoscabo de mi honor..

SILVERIO.—Qué dice usted?

D. VICTORIANO.—Es tu tia quien lo dice; i cuando ella lo dice, bien sabido se lo tendrá.

SILVERIO.—Al contrario, señor: por lo mismo que es usted un hombre de dignidad, está mas obligado a cumplir lo que promete.

D. VICTORIANO.—Así me salen volviendo loco! Pero aquí viene la Ruperta...

ESCENA VI

DON VICTORIANO, DOÑA RUPERTA, INÉS, DOROTEA, SILVERIO

D. VICTORIANO.—Este es un embolismo que no entiendo, Ruperta. Por un lado me dices tú que puedo faltar honorablemente a mis compromisos con Manuel, porque soi cabildante del gobierno; i por otro, me dice Silverio, que no puedo, por la misma razon. Ustedes dos han

vivido en Santiago: ¿a quién debo creerle? ¿O bien se usa en la capital dar una misma razon para probar el pro i el contra?

D.ª RUPERTA.—Calla la boca, Victoriano, i tú Silvestre, oye a Dorotea.

SILVERIO.—Dorotea, para creer lo que mi tia me ha dicho, necesito oirlo de tu propia boca.

DOROTEA.—Ya que tú lo exijes, Silverio, te diré que no puedo ser tu esposa.

SILVERIO.—Pues bien, Dorotca, ya que así lo quiere mi fatal destino, tendré que renunciar a la dicha de vivir contigo. Adios, ingrata: Me voi de este pueblo... Me voi a morir léjos de aquí.

INÉS.—Ah! (*Vase Silverio.*)

ESCENA VII

DICHOS, *ménos* SILVERIO

D. VICTORIANO.—Ruperta! eres un prodijio para salir bien de los trances apurados! Ven acá i te contaré cómo arreglamos el negocio. Ya la escritura de arriendo se está redactando. (*Vase con doña Ruperta.*)

ESCENA VIII

INES, DOROTEA

INES.—No te vayas, Dorotea: ven. Permítele a tu prima i amiga el que te pregunte: ¿has pensado maduramente lo que has hecho?

DOROTEA.—¿Qué llamas tú pensar maduramente?

INES.—Digo si has reflexionado con detencion sobre lo que acabas de hacer. Considera que desechas un amante, cuyas buenas cualidades te son conocidas, por otro a quien solo conoces de nombre. Advierte que estás segura del amor de Silverio, miéntras que el otro solo te ha dicho al oido palabras que pueden ser falsas. Nada te diré de tus compromisos, ni de tus juramentos de amor, que ya te tenian atada a tu futuro esposo: no te hablaré de esos nudos, que a tí no te era dado desatar, sin degradarte. Solo te ruego, Dorotea, que reflexiones un momento. Silverio te ama; i tú lo sabes mui bien. ¿Crees que ese otro pretendiente pueda amarte como él, despues de saber que tú has faltado a tus compromisos?

DOROTEA.—¿I a qué viene este sermon?

INES.—Esto no es un sermon, sino advertencias de amiga. Todavía puedes deshacer el mal que has hecho.

DOROTEA.—¿Cómo?

INES.—Llamando a Silverio. El te... ama!

DOROTEA.—¿I qué me importa que Silverio me ame, cuando yo amo al otro?

INES.—Pero si ese otro, Dorotea, es un... Vaya! te digo que no puede amarte, prima mia!

DOROTEA.—¿Cómo te atreves a decir eso? Sabe que me ama mas que a su propia vida... Pero ya caigo!

INES.—¿Qué dices?

DOROTEA.—Que ahora vengo a comprender bien el objeto de tus palabras.

INES.—Mis palabras son hijas del interes que tu felicidad me inspira.

DOROTEA.—No solo es eso, Ines, no solo es eso: yo creo adivinar el móvil que te impulsa.

INES.—No puedo negarte que tambien me interesa la suerte de Silverio.

DOROTEA.—No me refiero a Silverio, cuando pienso que tú te interesas por álguien. Te he adivinado, Ines!

INES.—No sé lo qué quieres decir, Dorotea.

DOROTEA.—Quiero decir que tu verdadero interes es que quede libre Faustino Quintalegre.

INES.—Yó? Estas loca?

DOROTEA.—Lo he conocido desde las primeras miradas que le lanzaste: pero no seas insensata, Ines; no mires tan alto, que eso se queda para las que tenemos mejor posicion social. Guarda tus consejos para otra mas necia que tú. (*Vase.*)

ESCENA IX

INES

INES.—Mas necia que yo! Tienes razon, Dorotea! Ha sido una necedad de mi parte el pretender que marches por el camino de la razon. ¿Yo amar a ese hombre, a quien ni aun podria odiar por el mal que ha hecho? Si estuviera para reir, me reiria; pero mi pobre corazon solo late de dolor en este momento! Es preciso que Dorotea sea mui necia, para que no haya conocido la repugnancia con que le aconsejaba que llamase a Silverio. Mas ¿podia yo aconsejarle otra cosa? La

dicha de Silverio es mi propia dicha; i aun cuando su union con Dorotea abra un verdadero abismo entre nosotros, quiero verlo feliz al lado de la mujer que ama...... I sin embargo, esta idea me punza el corazon, sin poderlo remediar...... Gracias, Dios mio, por haberme dado fuerzas para cumplir con el deber que me he impuesto de ocultar este amor que forma mi mayor delicia i mas cruel martirio!

ESCENA X

INES, SILVERIO

SILVERIO (*Saliendo precipitadamente por la puerta de la izquierda.*) Ines! Ines querida! Eres un ánjel!

INES.—Silverio! ¿qué haces? ¡Dios mio! Yo...

SILVERIO.—Deja, Ines, que te abrace de rodillas; deja que bese tus plantas; déjame pedirte perdon por no haber sabido adivinar que me amabas!

INES.—¿Qué dices?

SILVERIO.—Cálmate, Ines. Cuando salí de aquí, hace poco, entré en esa pieza, por el corredor. (*Mostrando hácia la izquierda*). Lo he oido todo desde ahí!

INES.—¡Gran Dios! ¡Me he vendido!

SILVERIO.—No, Ines, tú te has dado a conocer. Bendita sea la hora en que te he conocido, ánjel de bondad! Tú abogabas por mí, contra tus mas ardientes deseos; i ahogando tus lágrimas, que caian como una lluvia de espinas sobre tu corazon, no te acordabas sino de mi felicidad ¿cómo he podido verte sin amarte? He sido un loco, Ines; un loco que corria fascinado tras de una luz fosfórica, sin reparar en la amorosa luz de tus ojos. No te diré ahora que te amo, Ines querida! tú no me lo creerias, porque aun resuenan en este lugar mis palabras de amor dirijidas a otra mujer! Adios. (*Vase*).

ESCENA XI

INES

INES.—Ah! vuelve, vuelve! Sí, te creo, Silverio! Pero ¿qué es lo que digo? Insensata de mí! ¿No pueden sus palabras ser hijas de la gratitud, ántes que del amor? Yo sé que él no ha de querer engañarme, al decir que me ama: pero ¿cómo he creer que me ama, cuando acabo de ser testigo de sus palabras de amor dirijidas a Dorotea? Sin embargo, puede haberse curado de su pasion por mi loca prima. Doro-

tea no sabe amar, i es incapaz de inspirar un amor verdadero. ¿Cómo podria ser feliz Silverio con el amor de una mujer que no sabrá jamas estimar las prendas de un amante como él? I yo, que siento en mí la conciencia de poder hacer su felicidad, ¿he de dejarlo hundirse en la desgracia, sin tenderle una mano, que sabrá mejor que ninguna otra enjugar sus lágrimas? Sí! seré al fin feliz, amándolo ante todo el mundo, yo que he tenido que ocultar este amor durante tantos años de martirio! Mas ¡oh, Dios mio! Estoi delirando! (*Llora*).

ESCENA XII

INES, DOÑA RUPERTA

D.ª Ruperta.—Ines ¿por qué lloras?

Ines.—¿Yo, tia? No...

D.ª Ruperta. En balde tratas de ocultármelo: Dorotea me lo ha dicho todo.

Ines.—¿I qué le ha dicho mi prima?

D.ª Ruperta. ¿Tu prima? Siempre luciendo el parentesco! Pero mejor seria que tratases de merecerlo, imitando a Dorotea. ¡Crees tu que con ser pariente de una persona encumbrada se gana algo, si una no hace nada por elevarse a esa altura! Aun cuando tú seas prima de tu prima, ella será siempre la primera, i tú la segunda: no lo olvides.

Ines. Ojalá pudiera olvídar, tia, los malos tratamientos que no merezco!

D.ª Ruperta.—¿I todavía te crees mas merecedora? Despues de que te tenemos en casa, i te damos un abrigo, a la sombra de nuestra familia, i te elevamos a nuestra altura, i te ponemos en contracto con nuestra escojida sociedad; despues de hacer tanto por tí, ¿vienes a decirme en mi cara que te crees mas merecedora? Eres una ingrata i presuntuosa, pues solo a tu atrevimiento le es dado pensar en el amor de Faustino.

Ines.—Yo, tia? yo?

D.ª Ruperta.—Sí, sobrina, tú, tú! No debieras ver sino los favores que has recibido en esta casa, para no arrebatarle su amante a Dorotea.

Ines.—Si no pienso en tal cosa, tia de mi alma!

D.ª Ruperta.—I aunque lo pensaras, convéncete de que eso es una locura. Crees poder competir con mi hija, porque tienes esa carita de muñeca inglesa? Nó, Ines; tú estás mui léjos de poseer las

distinguidas maneras de tu prima; i esto es lo que mas estiman los mozos de Santiago, como Faustino. Tambien estás tú mui distante de poseer la rica dote de mi hija; i no creas que esto es lo que los mozos de Santiago estiman ménos.

INES.—Tia, una vez por todas le diré a usted que yo no me estimo en tan poco, para que desee casarme con ese caballero.

D.ª RUPERTA.—No digo yo, pues? Acaso piensas casarte con un príncipe?

ESCENA XIII

DICHOS, DON VICTORIANO

D. VICTORIANO.—Así es Ines; con un príncipe, no. Créele a tu tia, porque ella dice siempre lo justo.

INES.—Ah! tio mio! usted es bueno, i no puedo dejar de hallar un apoyo en su corazon. (*Lo abraza.*) ¿En donde lo buscaré sino en el hermano de mi madre? (*Llora*).

D. VICTORIANO.—No llores, Ines, hija mia! Dime Ruperta qué le estabas diciendo a esta pobrecita?...

D.ª RUPERTA.—Le estaba enseñando los usos sociales...

D. VICTORIANO.—Consuélate, Ines: esto no es sino que tu tia te estaba enseñando los usos sociales.

INES.—Yo no quiero un maestro que sea mi verdugo. Acuérdese tio, de que mi madre, al morir, me dejó encargada a su cariño de usted......

D. VICTORIANO.—Dices bien. Pobre hermana mia! Mira, Ruperta, enséñale a Ines los usos sociales; pero no a modo de verdugo!

D.ª RUPERTA.—Yo verdugo? I te atreves a decirlo, Victoriano!

D. VICTORIANO.—Yo no me atrevo, mujer: lo que yo digo es......

D.ª RUPERTA.—Debieras ver que esta muchacha criada en los campos, tiene todos los resabios de una provinciana; i si ha de vivir con nosotros, es preciso que bote el pelo de la Dehesa.

D. VICTORIANO.—Eso es lo mismo que yo digo. Mira, Ines, es preciso que se te quiten esos resabios, i que botes el pelo de la... cómo dijiste, Ruperta?

D.ª RUPERTA.—Oigo pasos... El es, sin duda. (*A Ines*) Vete para adentro, i dile a tu prima que salga al salon.

D. VICTORIANO.—Talvez será el escribado, que viene con la escritura para que yo la firme. (*Asomándose a la puerta del fondo.*) Ah! nó! Es Manuel.

ESCENA XIV

DOÑA RUPERTA, DON VICTORIANO, DON MANUEL

D. Manuel.—Sí, Victoriano, yo soi, que vengo a preguntarte desde cuándo......

D. Victoriano.—Pregúntalo a la Ruperta, Manuel. Yo no se desde cuando......

D. Manuel.—Digo, ¿desde cuando has dejado de ser hombre?

D. Victoriano.—Yo he dejado de ser hombre? Pregúntaselo a la Ruperta......

D.ª Ruperta.—Déjalo hablar, Victoriano.

D. Manuel.—No eres hombre, desde que olvidas tus compromisos, Victoriano.

D. Victoriano.—Ah!

D. Manuel.—Qué delito ha cometido mi hijo Silverio, para que ustedes le nieguen la mano de Dorotea? Tú has olvidado tu palabra empeñada; mi hermana Ruperta ha llegado a desconocer los vínculos de la sangre, i el amor de Dorotea se ha convertido en odio. Ahí me encontré en la calle con el pobre muchacho, que iba huyendo de esta casa, como un loco. ¿Por qué han alimentado ustedes las esperanzas de mi hijo, si al fin habian de cometer con él tan negra felonía? Es así como se conduce una familia honorable? Piensa de este modo alcanzar Dorotea fama de mujer honesta i prudente? I tú, Victoriano, dime si tus padres te enseñaron a ser honrado, faltando a tu palabra?

D. Victoriano.—(*Aparte*:—Esto es lo que me sucede por creerle siempre a mi mujer!) Mira, Ruperta: bastantes veces te repetí que no nos era dado faltar a nuestros antiguos compromisos.

D.ª Ruperta.—Calla, Victoriano; i tú, Manuel, óyeme. En primer lugar, no debes admirarte de que Victoriano te falte a su palabra, pues segun los usos admitidos en toda sociedad culta, el padre no puede obligar a su hija a que dé su mano a quien no ama, sin ser un tirano.....

D. Victoriano.—Ya ves, Manuel, que yo no puedo tiranizar a Dorotea.

D. Manuel.—Yo no pretendo que la tiranices, sino que ejerzan ustedes sobre ella la influencia de padres, para que la muchacha no haga disparates. I si no, díganme ¿qué han hecho ustedes para disuadirla de su locura?

D. Victoriano. (*Aparte*:—Aquí sí que tiene razon Manuel.) Es verdad, Ruperta, que hemos andado un poco lijeros en.....

D.ª Ruperta.—¿Te callarás al fin? Cuando se trata de la felicidad de los hijos, toda prontitud es tardanza. ¿Querrias tú que por andar mirando en detalles, dejáramos escapar la oportunidad de establecer ventajosamente a nuestra hija?

D. Victoriano.—Es evidente, Manuel. ¿Cómo habiamos de dejar escapar esta oportunidad?

D. Manuel.—No comprendo.

D. Victoriano.—Aun cuando no entiendas, hombre, créele a la Ruperta, pues nadie sabe mas que ella, en esto de las oportunidades.

D.ª Ruperta..—Ahora, por lo que toca al repentino cambio de Dorotea, bien echarás de ver, Manuel, que una niña de tan esquisita sensibilidad i criada en tanto regalo, está espuesta a sufrir repentinos trastornos en su corazon.

D. Victoriano. (*Aparte*:—Esta mujer es el diablo, Dios me perdone! Tine razones para todo.) Sí, Manuel, convéncete de que estas son cosas que pasan en Santiago todos los dias.

D. Manuel.—¡Bonita razon! ¿I qué me importa a mí que en Santiago obren así? ¿No es bueno sino que nosotros los provincianos hemos de ser lo mismo que los monos, para andar a la santiaguina, comer, hablar i casar a nuestros hijos a la santiaguina? ¿No somos acá cristianos de veinticinco arriba, para que necesitemos ver cómo saludan, cómo bostezan i cómo estornudan allá en la capital? ¿qué te parece, Victoriano? ¿Somos acaso unos niños de teta, para no conocer los piés que nos cargan? ¿Por qué hemos de convertirnos en títeres, para que los santiaguinos jueguen con nosotros?

D. Victoriano.—¡Eso sí que nó! todo podemos ser; pero no títeres! ¿No te parece Ruperta?

D.ª Ruperta.—Lo que me parece es que tú debes oir i callar.

D. Victoriano. (*Aparte*.—Esta mujer quiere que yo viva oyendo i callando.)

D. Ruperta. Dime, Manuel ¿qué, cosa mas puesta en razon que imitar en todo i por todo a nuestra capital, que es nuestro centro de civilizacion, de riqueza, de buen gusto....

D. Victoriano (*Aparte*:—Está de Dios que esta mujer tenga razon siempre). Ya ves, Manuel, que Santiago es nuestro centro....

D. Manuel.—De todo lo bueno i de todo lo malo. Por eso digo que debemos imitarlo solo en aquello que Dios manda, así como ellos

nos deben imitar a nosotros, en lo poco o mucho que tengamos de razonable.

D. Victoriano.—En cuanto a eso, es claro que Santiago nos debe imitar....

D.ª Ruperta.—¿Estás loco, Victoriano? ¿Cómo puede dejarte convencer por tales razones?

D. Victoriano.—No se te dé nada, Ruperta: aun cuando Manuel me convenza veinte veces... (*Aparte*:—Mi voto será siempre tuyo!)

D. Manuel.—Pero despues de todo, yo quisiera saber cuál es el novio por quien Dorotea desprecia a mi hijo.

D.ª Ruperta.—El novio es nada ménos que....

D. Victoriano.—Déjame, Ruperta, que esto me toca responderlo a mí: i tú, Manuel, nos hallarás razon, cuando sepas que el novio que pretende a Dorotea es nada ménos que nuestro diputado....

D.ª Ruperta.—I vas a conocerlo, porque aquí viene.

ESCENA XV

DICHOS, FAUSTINO, EL ESCRIBANO

(*La escena se divide en dos grupos. Hácia la izquierda don Victoriano, i don Manuel, hablan en voz baja; i hácia la derecha, se ponen Doña Ruperta, Faustino i el escribano a conferenciar sobre el arreglo de la escritura indicada en el diálogo*).

Faustino.—Señora, a los piés de usted... Señor don Victoriano aquí trae el señor escribano la escritura hecha, para que usted la lea i la firme.

D.ª Ruperta.—Pase usted para acá, señor Quintalegre. Aquí leeremos la escritura en comité.

D. Victoriano.—Dices bien, Ruperta; yo la leeré despues. (*Se vuelve a donde está don Manuel*).

D. Manuel.—Con que este pájaro es nuestro diputado?

D. Victoriano.—Sí, hombre; pero no creas que es un diputadillo de esos que bota la ola; sino todo un diputado de los de buena lei, de los elejidos por el supremo gobierno.

D. Manuel.—Así será él!

Victoriano.—Un diputado, hombre, de esos que no pierden votacion jamas, porque nunca dejan de tener razon: ahí tienes al que va a ser mi yerno.

D. Manuel.—Buena pró te haga, Victoriano. Ya tenia yo noticias del tal pajarraco.

D.ª Ruperta.—Aquí falta una coma, señor escribano... Mire usted: esta palabra debe escribirse con letra mayúscula!

D. Victoriano.—Mira Manuel, ¡qué mujer tan sabia es tu hermana! No se le escapan ni las comas, i es capaz de enseñar a escribir al mismo escribano

D. Manuel.—Qué escritura es esa?

D. Victoriano.—Voi a contarte. (*Hablan en voz baja*).

D.ª Ruperta.—Estos dos puntos deben ser punto i coma.

Escribano.—Lo pondremos asi, señora. (*Toma la pluma i escribe.*)

D.ª Ruperta.—Sí, señor escribano; es preciso cuidar mucho de la puntuacion. Mire que yo he visto en Santiago pleitos ruidosísimos ocasionados por un punto i coma. ¿No es verdad, señor Quintalegre?

Faustino.—¿I cómo podria dejar de serlo, diciéndolo usted, señora mia?

D.ª Ruperta.—(*Aparte*: Cuando en estos asuntos comerciales es tan galan ¿qué será en los asuntos del corazon?)

Faustino.—(*Aparte:* Con tal que el viejo pase por el precio que le he puesto al arriendo, yo pasaré por todas las comas i puntos de la señora).

D. Victoriano.—¡Pero, hombre de Dios! ¿por qué te parece mal este caballero, cuando ya te digo que es de los elejidos por el gobierno; i siendo así, claro es que no será un rana.

D.ª Ruperta.—Vea, señor escribano; agregue usted esta clausulita que acabo de redactar.

Escribano.—Mui bien, señora. (*Escribe, mirando el papel que le ha pasado doña Ruperta*).

Faustino.—(*Aparte*: ¿I es permitido agregar cláusulas a la escritura, sin consultarme? ¿Qué seria, si ya fuese mi suegra? Pero no lo será, gracias a Dios).

D. Victoriano.—¿Te parece que el gobierno es un tonto, para que no sepa elejir de lo mejor? Ya ves tú que yo tambien soi municipal de los elejidos por la gubernatura.

D. Manuel.—(*Aparte*: Quiero conocer de cerca a esta buena alhaja). Mira Victoriano, será bueno que me presentes a él, porque al fin i al fallo, ha de ser mi sobrino político.

D. Victoriano.—Ah! ya sabia yo que al cabo te habias de dar a la razon. (*Se acerca al otro grupo*) ¿Está ya en punto de firmar, señor escribano?

Escribano.—En dos minutos mas, señor.

D. Victoriano.—(*Aparte a doña Ruperta*: Oye, mujer; he conven-

cido a Manuel. Quiere amistarse con nuestro yerno. Es preciso que se lo presentes con todas las formalidades de estilo).

D.ª Ruperta.—(*Aparte a don Victoriano:* Mui bien: dile a Manuel que se acerque).

Faustino.—(*Aparte:* En atrapando el arriendo, ya veré cómo deshacerme del matrimonio).

D. Victoriano.—(*Aparte a don Manuel:* Ven acá, Manuel; Ruperta te presentará: yo no he podido acertar jamas, en esto de las presentaciones.)

D.ª Ruperta.—Señor Quintalegre, tengo el honor de presentarle a mi hermano Manuel, tio de Dorotea.

Faustino.—Tanto la cualidad de hermano de usted, señora, como la de tio de Doroteita, son mas que suficientes motivos para que el señor don Manuel encuentre siempre en mí un amigo de corazon i un servicio decidido.

D. Manuel.—Mil gracias, señor. Ojalá alcance a merecer con mi sincera amistad el honor de la suya. (*Habla en voz baja con Faustino.*)

D.ª Ruperta (*Aparte a don Victoriano:*—I cómo pudiste reducir a Manuel?)

D. Victoriano (*Aparte a doña Ruperta:*—Es que yo tambien tengo mi elocuencia. Ya sabes que jamás pierdo cuestion en el cabildo.)

D. Manuel.—Porque siendo usted el diputado elejido por este departamento...

D. Victoriano.—Nó, Manuel! Mucho mas que eso todavía! Ya te he dicho que el señor es elejido por el ministerio!

D. Manuel.—Bah! Por acaso el ministerio es el encargado de elejir por nosotros?

D. Victoriano.—Qué hombre este tan sin esperiencia del mundo! No es el ministro, sino el señor gobernador el encargado de elejir nuestros diputados.

D. Mamuel.—Ah! dices bien!

D. Victoriano (*Aparte a Faustino:*—Dispénsele, señor, estas inocentadas al pobre Manuel. Es un hombre de provincia, que no está al corriente de los usos de Santiago.)

D. Manuel.—Sin duda que ha merecido usted representarnos en el congreso, por el mucho conocimiento que tendrá de nuestro departamento.

FAUSTINO.—Es la primera vez que vengo aquí, señor. (*Aparte*:—Yo creo que este provinciano tiene mas de pillo que de tonto.)

D. VICTORIANO.—I qué necesidad tiene el señor Quintalegre de trajinar por todo el departamento, para conocerlo de punta a cabo? No ves que este caballero es de la capital, que es donde está el centro, como dice la Ruperta, el centro de...... el centro, en una palabra?

D. MANUEL.—Sin embargo, como es preciso conocer prácticamente nuestras localidades, para...

D.ª RUPERTA.—Sabe, Manuel, que una persona educada en Santiago, conoce por la jeografía, las provincias mucho mejor que todos los provincianos juntos.

D. MANUEL.—Pero yo quisiera saber cómo una persona que no ha pisado nuestro departamento, puede conocer nuestras necesidades locales...

D. VICTORIANO.—Qué cabeza! Las conoce por la jeografía, pues, hombre! No parece sino que fueras rojo, por las inocentadas que dices.

FAUSTINO (*Aparte*:—Yo creo que este pícaro viejo se quiere reir de mí.) Pero ya es tiempo de firmar, señor don Victoriano.

ESCRIBANO.—La escritura solo espera las firmas.

D. VICTORIANO.—Pues entónces, manos a la obra! Tome usted la pluma, señor don Faustino.

FAUSTINO.—Sírvase usted firmar primero, señor mio.

D. MANUEL.—I Dorotea? En dónde está mi sobrina? No seria bueno, Ruperta, que viniera a presenciar este acto?

D.ª RUPERTA.—Dices bien, hermano mio. (*Se acerca a la puerta de la derecha.*) Dorotea! Dorotea!

ESCENA XVI

DON VICTORIANO, DON MANUEL, DOÑA RUPERTA
FAUSTINO, DOROTEA, ESCRIBANO

FAUSTINO (*A Dorotea.*)—Soi mui feliz, señorita, con haber tenido el placer de verla a usted dos veces en este dia. (*Habla en voz baja con Dorotea.*)

D.ª RUPERTA (*Sujetando de un brazo a don Victoriano, para que no se acerque a Faustino.*—Déjalos que hablen un rato a solas, honbre de Dios!)

D. Victoriano (*Aparte*:—I será bien visto, Ruperta, que sin estar casados todavía...)

D.ª Ruperta (*Aparte*:—No seas tonto! Déjate de esas antiguallas.)

D. Victoriano.—Bueno! Bueno! Traiga la pluma, señor escribano para estampar mi firma. (*Toma la pluma, i se prepara a firmar*.) Yo necesito de tiempo, para esto de firmar.

D. Manuel (*Aparte a doña Ruperta:*—Mira, Ruperta, yo creo que el diputadito no desea tanto casarse con Dorotea, como obtener el arriendo barato.)

D.ª Ruperta (*Aparte a don Manuel*:—Qué no desea casarse, cuando está que se le hace agua la boca por la muchacha?

D. Manuel (*Idem:*—Pues observa cómo se va a poner pálido, con lo que voi a decir.) No firmes todavía, Victoriano.

D. Victoriano.—Que no firme, cuando llevo mas de la mitad del nombre puesto?

D. Manuel.—Es que quiero hacerte presente una cosa, como tambien al señor Quintalegre.

Faustino.—Qué cosa, señor don Manuel?

Dorotea (*Aparte:*—I me deja sin contestarme lo que le pregunto?

D. Manuel.—Es el caso que, como Victoriano le compró esa hacienda a don Pedro Cámus, el cual acaba de quebrar en Concepcion...

D. Victoriano.—I qué tiene que ver la quiebra de don Pedro Cámus con esta firma, que ya tengo medio trabajada? Es cierto que le compré la hacienda a don Pedro, i por mas señas, se la pagué en onzas de oro. Si él ha quebrado, peor para sus acreedores.

D. Manuel.—Pero sabe que Cámus te vendió una estancia que no le pertenecia...

Faustino.—Cómo es eso?

D. Victoriano.—No te entiendo, Manuel.

D. Manuel.—Pues voi a esplicártelo. La hacienda de la Rinconada fué legada, ahora setenta años, por su dueño, al convento de San Francisco; pero habiéndose estraviado el testamento, pasó el fundo, de mano en mano, hasta llegar a poder de don Pedro. Ahora ha aparecido el dicho testamento, que yo he visto por mis propios ojos; i el síndico del convento piensa ponerte pleito. Yo les hago esta advertencia, para que despues no haya entre ustedes tropiezo alguno. La buena fe ántes de todo.

D. Victoriano.—Pero será verdad?

D. Manuel.—Para que veas que es cierto el caso, voi a pedirle al síndico ciertos papeles, que lo ponen de manifiesto.

D.ª Ruperta.—Ve, Manuel; corre, hermano mio! Cómo es que no sabiamo esto?

D. Manuel.—Voi corriendo: en un cuarto de hora estoi de vuelta.—(*Vase.*)

ESCENA XVII

DICHOS, *ménos* DON MANUEL

Escribano.—Si ello es verdad, como debemos creerlo, desde que el señor don Manuel lo ha dicho, paréceme, señores, que ustedes no deben firmar, hasta no examinar bien esos documentos.

D.ª Ruperta.—Así es, señor escribano. Puede usted retirarse; i en cuanto veamos esos papeles...

Escribano.—Con el permiso de ustedes, mis señores. (*Vase.*)

ESCENA XVIII

DON VICTORIANO, DOÑA RUPERTA, FAUSTINO, DOROTEA

D.ª Ruperta (*Aparte:*—Creo que Manuel tiene razon: Faustino se ha impresionado mas de lo que debiera.) Ya que hemos quedado solos i como en familia, voi a decirle a usted una cosa, señor Quintalegre.

Faustino—Hable usted, señora, que nuestro deber es oir...

D. Victoriano.—Sí; ese es nuestro deber. (*Aparte:* i callar, ademas, como dice la Ruperta.)

D.ª Ruperta.—Ya mi marido me ha hablado del honor que usted nos hace en pretender la mano de nuestra hija...

Faustino.—Señora, cuente usted con mi eterna gratitud, por haber consentido en mi felicidad...

Dorotea (*Aparte a Faustino:*—I sin embargo, usted me ha dejado con la palabra en la boca, cuando habló mi tio.)

Faustino.—Ah! perdone usted, Doroteita...

D.ª Ruperta.—Calla, niña. Usted, señor don Faustino, sepa que hemos convenido con Victoriano, desde algunos años atras, en dar nuestra estancia de la Rinconada al esposo de Dorotea, para que trabaje en ella.

D. Victoriano (*Aparte:*—No me acuerdo de ese convenio; pero...)

D.ª RUPERTA.—Ahora, ya sea verdad o no la noticia que nos ha dado Manuel, debemos comenzar por...

FAUSTINO.—Por firmar la escritura?

D.ª RUPERTA.—Nó, nó!

FAUSTINO.—Es que, si no hubiera nada que temer de ese testamento, podriamos arreglar primero el negocio del arriendo, i despues......

DOROTEA.—Esa es la fuerza de su amor, señor mio?

FAUSTINO.—Adorada Dorotea, si pienso ántes en el arriendo que en nuestra union, es por darte una mayor prueba de mi cariño. No ves, hermosa mia, que si comenzara por casarme, podia álguien decir que me habia casado contigo por obtener la estancia? Prefiero el que digan que arriendo el fundo, con el fin de acercarme a tu hermosura.

D.ª RUPERTA.—Apesar de eso, señor Quintalegre, no hemos de faltar a lo que hemos convenido con mi esposo, que está presente.

D. VICTORIANO.—Sí, señor! así lo hemos convenido. (*Aparte* Esta mujer me hace mentir a cada rato, con sus usos sociales!) I como usted no debe ignorarlo, cuando marido i mujer convienen en una cosa, es preciso...

D.ª RUPERTA.—Primeramente se casará usted, i despues recibirá la hacienda, pues yo creo que la noticia de Manuel es falsa.

D. VICTORIANO.— (*Aparte*:—Ahora sí que entiendo! La Ruperta teme... Esta mujer vale un Perú!)

D.ª RUPERTA.—*A Faustino.*—Usted tiene un cuarto de hora para resolverse. Luego llegará Manuel, i veremos qué crédito merecen sus noticias. Sírvase usted aguardarnos aquí, miéntras tanto.

D. VICTORIANO.—.Hasta luego, señor don Faustino. (*Aparte, a doña Ruperta al salir por la puerta de la derecha.*—Ah! Ruperta! Tú sabes mas que Salomon!) (*Vánse*).

ESCENA XIX

FAUSTINO

INES.—I se van! Pues, señor estoi en capilla!

Cae el telon.

ACTO TERCERO

ESCENA I

FAUSTINO

Faustino.—Pero ¿Quién habia de imajinarse que estos provincianos fuecen capaces de adivinar mis intenciones? Ya comienzo a creer que no tendrá lugar este arriendo, i es lástima, porque el negocio prometia una fortunita, en tres o en cuatro años. Doña Ruperta no volverá atras; i como a mí me será imposible cumplir con la condicion impuesta... No es nada! casarme con su hija! Ni aun cuando me la dieran confitada, jamás podria yo tragar una almendra tan amarga...Presuntuosa, ignorante, casquivana, amiga del lujo i de las diversiones... Vaya! tiene todas las jenerales da la lei, i luego, fea, con la señora suegra de yapa... Ni aun cuatro haciendas juntas como la de la Rinconada alcanzarian a neutralizar tan gran número de cualidades... Sí, señor! Esta muchacha es un verdadero tesoro de inconvenientes para la felicidad conyugal... Que la goce otro, con Rinconada i todo, ya que la señora madre no quiere entregar el fundo, sino entregando tambien a la niña. Pero ¿cómo dejar escapar este negocio? Si no estuviera de por medio la señora suegra, nada me costaria llevar del cabestro a don Victoriano... I luego este otro viejo de don Manuel, que ha venido a hechar bolas a la raya...Estos provincianos, cuando no son tontos, se hacen tontos...Es para lo que tienen habilidad... Pero si llego a averiguar que el tal don Manuel se ha querido burlar de mí, nos veremos las caras...De todos modos, seguiremos la farsa, i lo que suene sonará. Puede ser que don Victoriano caiga en el garlito, a pesar de su maliciosa mujer... Lo importante es seguir enamorando a Dorotea, i su amor me servirá de anzuelo para cojer este suspirado arriendo...Oh! farsa! farsa! Tú eres la reina del mundo, i dictas la lei al vulgo de las jentes. Si la farsa de mi popularidad me ha dado un asiento en el Congreso ¿por qué la farsa de mi amor no me ha de proporcionar un arriendo productivo? Sigamos, pues, la farsa, que todo lo puedo esperar de mi talento i de la simpleza de estas jentes, que es en lo que consiste el talento de muchos. (*Saca el reloj*) Pero ya se ha pasado casi el doble del tiempo, i doña Ruperta no viene... Estos provincianos andan siempre con el reloj atrasado.

ESCENA II

FAUSTINO, DON VICTORIANO, DONA RUPERTA

D.ª Ruperta.—Señor Quintalegre ¿ha reflexionado usted sobre lo que le conviene hacer?

D. Victoriano.—¿Ha reflexionado usted?

Faustino.—Sí señor; ya he tomado mi partido. No firmaré la escritura de arriendo.

D. Victoriano.—¿Por qué?

D.ª Ruperta.—¿Renuncia usted a la mano de nuesta hija?

Faustino.—Ah! señora! No diga usted eso. ¿Cómo ha de renunciar el hambriento al sabroso manjar que se le presenta? ¿Cómo no ha de querer el ciego la luz para sus ojos? ¿Cómo....

D.ª Ruperta.—I entónces ¿por qué renuncia usted?....

D. Victoriano.—Sí, señor ¿por qué renuncia?

Faustino.—Doroteita es la luz de mis ojos, el delicioso manjar de mis apetitos, el abrigo de mi corazon, el delicioso néctar de mi sed...

D. Victoriano.—Pues entónces, arriende usted la Rinconada, i tendrá néctar i abrigo, i......

Faustino.—Nó, señor; he pensado seriamente en este asunto. Si ustedes no están arrepentidos, si Doroteita sigue correspondiendo a mi amor, seré su esposo; pero no puedo obligarme a tomar la estancia en arriendo, ni cosa parecida.

D. Victoriano.—Lo siento, señor, porque como yo estoi ya viejo, queria separarme de los trabajos del campo, i darle la estancia al marido de mi hija, por un cánon bajo.

Faustino.—Pero es el caso, señor, que yo no soi hecho para vivir en el campo; i si Dorotea quiere seguirme a Santiago...

D.ª Ruperta.—Lo seguirá, amigo mio, lo seguirá a usted hasta el mismo Paris i Lóndres, si quiere, porque no hai niña mas dócil i condescendiente que mi hija.

Faustino.—Pues entónces, ponga en conocimiento de su preciosa hija mi última resolucion.

D.ª Ruperta.—Así lo haré; pero como esta muchacha es tan sentimental, no estraño que desee la realizacion......

Faustino.—¿Del dulce vínculo? Hoi mismo, si ustedes quieren.

D. Victoriano.—Hoi? Pero si no se ha arreglado nada todavía.

Faustino.—Entónces mañana u otro dia...

D.ª Ruperta.—Miéntras mas pronto se hagan estas cosas, tant ménos sufre el honor de las niñas.

D. Victoriano.—I será bien visto, mujer, que así tan de repente..

D.ª Ruperta.—El bien parecer consiste en seguir los usos socia les; i las leyes del buen tono nos permiten acelerar el acto. Si tú su pieras lo al vapor que se arreglan en Santiago los asuntos amorosos Allá en los antiguo, todo era trabas para el sagrado nudo; pero ahor se ata con todas las facilidades que el siglo diez i nueve presenta.

D. Victoriano.—¿I se desata lo mismo?

D.ª Ruperta.—El cura es mi amigo, i tiene permiso para dispen sar todas las formalidades, pues está lo principal, que es la volunta de los contrayentes.

D. Victoriano. (*Aparte*:—Segun como marcha este siglo lle gará a dispensarse hasta las mismas bendiciones).

D.ª Ruperta.—¿No le parece a usted, amigo Quintalegre?

Faustino.—Sí, señora: estoi dispuesto para que hoi mismo el se ñor cura me dé el derecho de llamarme hijo de ustedes. Ahora per mítanme ir a disponerme como conviene.

D.ª Ruperta.—Mui bien. Vaya usted, hijo mio, i Dorotea cumpli rá con su deber, como niña sumisa.

Fausino. (*Aparte*:—Pero ¿cómo me llevo al viejo a la escribanía?)

D.ª Ruperta.—Tú, Victoriano, debes ir al momento a decirle al cura que deseo hablar con él.

Faustino (*A don Victoriano*).—Sale usted? Pues tendré el gusto de andar algun trecho con mi señor suegro.

D. Victoriano.—Qué me place! Vamos, amigo mio. (*Vánse*)

ESCENA III

DOÑA RUPERTA

Se hará hoi mismo! A mí me gusta la actividad de estos asuntos.

ESCENA IV

DOÑA RUPERTA, DOROTEA

Dorotéa (*Llorando*).—Mamá, mamá! Estoi muerta.

D.ª Ruperta.—Ah! niña, ¿qué tienes?

Dorotea.—Mamá de mi vida: No sé cómo decirle lo que he visto. ¡Soi mui desgraciada!

D.ª Ruperta.—Pero ¿me dirás al fin qué significa ese llanto?

DOROTEA.—Este llanto significa que yo soi mui infeliz... Lo he visto por mis propios ojos.

D.ª RUPERTA.—Qué has visto, por Dios?

DOROTEA.—Mi desdicha... Soi mui...

D.ª RUPERTA.—Habla, Dorotea, porque si no...

DOROTEA.—Voi a decirle: Ha de saber que por la ventana del cuarto de mi papá, estaba ahora hablando Inés con el traidor de Silverio.

D.ª RUPERTA.—Inés?

DOROTEA.—Ella era. La ví con estos dos ojos! En la calle estaba Silverio... Es un desleal, un traidor... I despues de haberme jurado que no amaria nunca sino a su Dorotea! Estoi segura de que le juraba a Inés un amor eterno.

D.ª RUPERTA.—No se te dé nada! Yo sabré castigar la liviandad de esa muchacha!

DOROTEA.—Que no se me de nada, cuando aun resuenan en mis oidos los juramentos de amor de ese embustero! ¿No vé usted que él se ha estado burlando de mí todo este tiempo? Lo aborrezco, mamá, lo aborrezco... I crea usted en el amor de los hombres! *(Llora)* Ah! soi mui... des... gra...cia...a...daaa!

D.ª RUPERTA.—Qué muchacha tan sentimental! No llores; cálmate... Lo mismo que yo, cuando tenia su edad... Déjate de llantos. ¿Qué te importa que Silverio te ame o no, cuando tú puedes estar segura del amor de Faustino?

DOROTEA.—¿I cree usted que lloro por su amor? Nó, mamá; lo aborrezco. Si lloro, es porque me ha estado engañando durante seis años, i diciéndome que se moria por mí, cuandò él solo amaba a Ines! Es un embustero!

D.ª RUPERTA.—Cálmate, niña, i acuérdate solo de tu nuevo i único amor.

DOROTEA.—Faustino?

D.ª RUPERTA.—Sí, porque está dispuesto a ser tu esposo, cuando tú lo determines!

DOROTEA.—Ah! no, mamá! no, por Dios... Si he de decirle la verdad, Faustino ha comenzado ya a disgustarme.

D.ª RUPERTA.—¿Tan pronto, i cuando aun no te has casado con él?

DOROTEA.—Yo no sé lo que me pasa, mamá. Soi mui desgraciada! Desde que he sido testigo de la falsía de Silverio, ya no me acuerdo de Faustino... I luego que éste es un descortés...

D.ª RUPERTA.—¿Por qué dices eso, niña, cuando Quintalegre es la cortesía personificada?

DOROTEA.—Mire usted: cuando el salió de aquí con mi papá, yo estaba en la esquina del corredor... El me vió, sin duda; pero pasó de largo sin saludarme.

D.ª RUPERTA.—No te veria...

DOROTEA.—Pues mal hecho que no me haya visto, cuando yo me puse allí para que me viera, al pasar. Jamas me habia sucedido esto con un hombre!

D.ª RUPERTA.—Perdónale, Dorotea, esa pequeña distraccion, que cuando sea tu marido...

DOROTEA.—Las hará mayores. Usted misma me ha dicho que los hombres comienzan por pequeñas distracciones i concluyen con distracciones mayores... Usted puede perdonarlo; pero no yo, que voi a casarme con él. Una i otra vez tosí para llamarle la atencion; pero él pasó, como si tal cosa; i solo tenia palabras para mi papá...

D.ª RUPERTA.—¿Qué le decia a Victoriano?

DOROTEA.—Le hablaba del arriendo de la Rinconada.

D.ª RUPERTA.—Ah! quien sabe si ha llevado a Victoriano a la escribanía...

DOROTEA.—Le aseguro, mamá, que ahora siento haber despedido a Silverio.

D.ª RUPERTA.—I como mi pobre Victoriano es un bendito, habrá firmado la escritura.

DOROTEA.—Ah! mamá! usted no me comprende.

D.ª RUPERTA.—Sí, te comprendo, hija; pero...

DOROTEA.—Yo quiero hablar con Silverio!

D.ª RUPERTA.—Para qué?

DOROTEA.—Para echarle en cara su falsía. Es menester que usted reprenda a Ines. Ambos se han estado burlando de las dos, durante todo este tiempo. (*Se asoma a la puerta de la derecha.*) Ines! Ines!

ESCENA V

DICHOS, INES

INES.—Aquí estoi, Dorotea.

DOROTEA.—Mi mamá quiere preguntar sobre qué hablabas con Silverio por la ventana.

INES.—No sé con qué derecho puedes hacérseme una pregunta que envuelve una verdadera reconvencion.

D.ª Ruperta.—Te has olvidado Ines, de que yo, como la señora de la casa, tengo el derecho i aun el deber de velar sobre tus acciones? ¿Crees que he de consentir nada contra el decoro...

Ines.—Yo no he cometido, tia, ninguna accion indecorosa.

D.ª Ruperta.—I te parece honesta la conducta de una muchacha soltera, que se pone a platicar por las ventanas con los mozos que pasan por la calle?

Ines.—Yo no sé por qué en mí es malo lo mismo que he visto muchas veces hacer a mi prima, sin que nadie le dijera una palabra.

D.ª Ruperta.—Es que Dorotea lo hacia con mi permiso.

Dorotea.—Porque Silverio era mi novio.

Ines.—Pues entónces, yo no he hecho mal en hablar con Silverio, por la ventana.

D.ª Ruperta.—Qué dices?

Ines.—Porque Silverio es mi novio.

Dorotea.—Ah! I te atreves a decirlo?

D.ª Ruperta.—Desvergonzada!

Ines.—Como no es ningun delito...

Dorotea.—Embustero, infiel! Me engañaba...

Ines.—Eres injusta, Dorotea. Silverio te amaba...

Dorotea.—I me ama todavía... Entiendes? Me ama!

Ines.—Creo que no, Dorotea.

D.ª Ruperta.—Qué atrevimiento! Te prohibo que te acerques a esa ventana.

Dorotea.—Tan segura estás del amor de tu Silverio? Pues yo te juro que no te casarás con él. Mamá! yo quiero ver a Silverio. Envíelo a buscar al momento...yo quiero echarle en cara su deslealtad... quiero que me diga si es a mí a quien ha amado... quiero ver qué cara pone el fementido...

Ines.—Cálmate, Dorotea; yo misma enviaré a llamar a Silverio.

Dorotea.—Retírate de mí, alma de Cain! Me arrepiento de haberte llamado prima hasta el presente... Mamá! Mamá de mi corazon! yo me muero! (*Cae desmayada.*)

D.ª Ruperta (*Sosteniendo a Dorotea.*)—Mira tu obra, malvada!

Ines (*Rociando con agua a Dorotea.*)—Yo no tengo nada que reprocharme, tia.

D.ª Ruperta.—Nada! Así fué la educacion que recibiste? Ah! si tú hubieras sido criada i educada, como mi hija, por una madre severa i cristiana!

Ines (*Con viveza.*)—Señora! hasta aquí he sufrido sus insultos,

porque yo sola era el objeto de ellos; pero desde que usted se atreve a insultar la memoria de mi madre...

D.ª Ruperta.—Qué dices?

Ines.—Que si hai algun nombre que no se pueda pronunciar sin veneracion, es el de mi santa madre! Adios, señora, i tú, Dorotea, adios. (*Se encamina hácia la puerta del fondo.*)

Dorotea.—Deténgala, mamá! Mire que se va a la casa de mi tio Manuel!¡

D.ª Ruperta.—Te prohibo que salgas de aquí!

Ines.—Te engañas, Dorotea. Yo voi a ver a mi tio Victoriano, para rogarle que me busque una casa en donde vivir; porque en ésta no puedo estar ni una hora mas. Prefiero servir de criada en cualquiera otra casa del pueblo. (*Al tiempo de salir Ines, aparecen en la puerta don Manuel i don Victoriano.*)

ESCENA VI

DON VICTORIANO, DON MANUEL, DOÑA RUPERTA, DOROTEA, INES.

D. Victoriano.—Ruperta! sabes lo que me ha pasado, mujer! já, já! já! Por qué lloras Dorotea? Manuel les contará el caso. I tú Ines, qué tienes? Si es para reir, ja, já! já!

D.ª Ruperta.—Tanto hablar, para no decir nada. Qué ha sido eso, Manuel?

D. Manuel.—Voi a decirte. Cuando yo me volvia, despues de haber hablado con el síndico......

D. Victoriano.—Figúrate, Ruperta, que como posee este don Faustino, el don de la palabra, me llevaba sumamente entretenido, por esa calle abajo, cuando al enfrentar a la oficina del escribano, me propuso entrar a descansar. Entramos, i sin saber cómo, me vi con la escritura enfrente.

D.ª Ruperta.—Lo decia yo! I firmaste?

D. Victoriano.—Alcancé a concluir i reteñir bien el nombre, i a comenzar el apellido; pero a ese tiempo entró Manuel i... já, já! já! cuéntales tú, hombre, la cosa.

D. Manuel.—Afortunadamente entré yo, i al ver a Victoriano escribiendo, le pregunté: ¿estás firmando esa escritura, hombre de Dios? Nó echas de ver a lo que te espones, realizando tan de repente este contrato?

D. Victoriano.—Estas palabras me recordaron el compromiso que tenemos con la Rnperta, i volví atras al momento... quiero decir, que no pasé adelante, que es lo que yo llamo volver atras; i la firma quedó hasta poco mas allá de la mayúscula del apellido.

D.ª Ruperta.—¡Pobre hombre de Dios! Cuando te encargué espresamente que no firmases!

D. Victoriano.—Así fué: confieso mi pecado; pero como el diputadito es de los que se entran por el ojo de una aguja, no estrañes que me haya casi hecho caer en el garlito.

D.ª Ruperta.—Mala espina me da el tal diputado.

Dorotea.—Por qué, mamá?

D.ª Ruperta.—Porque me juró que no se interesaba por el arriendo, i ahora veo que me ha engañado.

Dorotea.—Si cumplirá lo mismo todos sus juramentos!

D. Victoriano.—Eso sí que nó! Es un hombre de pro, como de los escojidos por el gobierno para representarnos.

D. Manuel.—Hombre de pró, dices, i olvida su palabra por hacer un negocio?

D. Victoriano.—Vaya, Manuel, que eres inocente! Te parece que, porque el gobierno nos ha elejido, hemos de dejar de hacer nuestro negocio? Crees que el gobierno anda buscando tontos para representar los intereses de los pueblos? Miéntras mas vivo sea un hombre para su negocio, mas bien sabrá atender al negocio de sus representados.

D.ª Ruperta.—Calla, Victoriano. I tú Manuel ¿traes ese testamento?

D. Manuel.—No pude ver al síndico, pero luego hablaré con él. Voi a buscarlo a casa de un amigo, en donde yo sé que se halla.

Dorotea.—Tio, No se vaya usted todavía.

D. Victoriano —Yo voi a verme con el señor cura.

D.ª Ruperta.—Tú no saldrás en todo el dia de aquí, Victoriano

D. Victoriano.—I por qué razon?

D.ª Ruperta.—......Por el bien de tu hija.

D. Victoriano.—No comprendo......

Dª Ruperta.—Despues lo entenderás.

D. Victoriano.—Vaya que sea! (*Aparte.* Siempre vengo a entender despues estas cosas.)

Dorotea.—Tio Manuel, yo quiero hablar con Silverio, al momento.

D. Victoriano.—(*Aparte:* —En la municipalidad me pasa lo mis-

mo: despues de la votacion es cuando vengo a comprender bien la materia.)

D. Manuel.—I para qué quieres hablar con mi hijo, Dorotea, despues de lo que has hecho con él?

D. Victoriano.—Lo mismo digo yo.

Dorotea.—He sido dura con mi primo, i yo quisiera desenojarlo.

D. Manuel.—Pero Silverio no vendrá, miéntras no vea letra de Dorotea.

Dorotea.—Entónces voi a escribirle. (*Se sienta a escribir.*)

D. Victoriano.—Mira, niña, lo que haces! ¿I si Quintalegre sabe que andas escribiendo cartitas a tus antiguos pretendientes?

D.ª Ruperta.—Aun cuando lo sepa ¿que tiene eso de malo? Te parece que Faustino es un hombre sin mundo, para que se aflija por billete mas o ménos? ¡Un jóven de Santiago!

D. Victoriano.—Ah! ¿Con que así se usa por aquellos mundos?

D.ª Ruperta.—Escribe, Dorotea.

D. Victoriano. (*Aparte*:—¡Estos usos sociales! Hai algunos que no me entran.)

Dorotea (*Entregando un papel plegado a Don Manuel*).—Tio, entregue este papelito a Silverio.

D. Manuel.—Voi, sobrina mia.—(*Váse.*)

ESCENA VII

DICHOS, *ménos don* MANUEL

Ines.—Ahora, tio, yo tengo que hablar con usted.

D. Victoriano.—¿Qué quieres, Ines?

D.ª Ruperta.—(*A Ines*).—Sal de aquí, muchacha sin pudor!

D. Victoriano.—Vete a mi cuarto, Ines. Yo iré allí luego, i tú me dirás lo que deseas.

Ines.—Allí lo espero, tio.—(*Váse.*)

ESCENA VIII

DON VICTORIANO, DOÑA RUPERTA, DOROTEA

D.ª Ruperta.—¡Que ides! (*Aparte a Dorotea.*—Vé, niña, al cuarto, i cuando entre Ines, cierra la puerta, i tráeme la llave).

Dorotea.—Voi, mamá.—(*Vase.*)

ESCENA IX

DICHOS, *ménos*, DOROTEA

D. VICTORIANO.—Mira, Ruperta: ¿Sabes que me está haciendo cos quillas una cosa, aquí dentro?

D.ª RUPERTA.—¿Que cosa es esa?

D. VICTORIANO.—Yo tambien he sido jóven, Ruperta, i me acuerdo mui bien de aquellos tiempos, cuando te pretendia.

D.ª RUPERTA.—¿Qué quieres decir con eso?

D. VICTORIANO.—Que si yo hubiese sabido de que tú andabas con esquelitas a otro....

D.ª RUPERTA.—¿Todavía no te convences, hombre, de que estos son usos admitidos en la alta sociedad?

D. VICTORIANO.—Sí, estoi convencido, Ruperta; pero se me hace mui cuesta arriba tragar estos usos sociales de las esquelas amorosas a otro que no sea el verdadero novio.

D.ª RUPERTA.—Es que una mujer no sabe cuál es el verdadero novio, sino despues de puestas las bendiciones.

D. VICTORIANO.—Eso tambien es cierto. No habia caido en ello!

D.ª RUPERTA.—Antes de las bendiciones, todos los novios son falsos; i te aseguro que Dorotea ha hecho bien en querer desagraviar a Silverio.

D. VICTORIANO.—Pero ahora que la muchacha está a pique de casarse con Quintalegre ¿qué le importa estar bien o mal con Silverio?

D.ª RUPERTA.—Importa mucho, hombre! Te parece que una niña bien educada rompe del todo con sus antiguos pretendientes, solo porque va a casarse con el mas moderno? Nó, Victoriano: esto no es cordura, i te confieso que hemos andado bien imprudentes en echar con cajas destempladas a Silverio. Una niña que estima en algo su porvenir, no debe hacer esto con sus amantes, sino tenerlos en suspenso, i como si dijéramos a medio amor o a cuarto de amor, segun sus méritos.

D. VICTORIANO.—Ya! ya!

D.ª RUPERTA.—Porque bien puede fallar el que posee el amor entero, i entónces vienen a suplir la falta esas otras fracciones de amor que quedan para las *resultas*.

VICTORIANO—¿Con que Dorotea quiere ahora desenojar a Silverio, para las resultas?

D.ª RUPERTA.—Eso es.

ESCENA X

DON VICTORIANO, DOÑA RUPERTA, DOROTEA

DOROTEA (*Aparte a doña Ruperta, entregándole la llave*:—Aqui está la llave, mamá. La he dejado encerrada.)

D.ª RUPERTA.—Mui bien. (*A don Victoriano.*) Ahora es preciso que sepas, que Ines ha tenido el atrevimiento de decirme en mi cara palabras insultantes.

D. VICTORIANO.—Ella? Pero si es una paloma sin hiel la pobrecita!

D.ª RUPERTA.—Tú no la conoces, Victoriano. Dorotea se ha desmayado, al oir a su prima.

D. VICTORIANO.—Es que Dorotea ha adquirido la costumbre de desmayarse por quita allá esas pajas.

DOROTEA.—Ah! papá! usted no me ama!

D. VICTORIANO.—Por qué razon, dices eso, Dorotea? Porque no creo en los desmayos de las mujeres?

D.ª RUPERTA.—Calla hombre sin nervios!

DOROTEA.—Ah! papá, si usted tuviera mis nervios!

D.ª RUPERTA.—Ahora es menester que te convenzas...

D. VICTORIANO.—De que no tengo nervios?

D.ª RUPERTA.—De que no debes hablar con Ines.

D. VICTORIANO.—I se me habia olvidado! Voi al cuarto.

D.ª RUPERTA.—Es inútil, tengo aquí la llave.

D. VICTORIANO.—Qué quiere decir eso, Ruperta?

D.ª RUPERTA.—Que la tengo allí encerrada, porque es preciso castigar de algun modo su atrevimiento.

D. VICTORIANO.—Ruperta, por qué has hecho eso con esa pobre niña?

DOROTEA.—Pobre niña! Papá, usted no ama a su hija. Me voi.

D. VICTORIANO.—Qué muchacha! Ven acá, Dorotea; si te quiero mucho!

DOROTEA (*Al salir por la puerta de la derecha.*)—Nó! nó! Me voi de aquí!

(*Vase.*)

ESCENA XI

DICHOS, *ménos* DOROTEA

D.ª RUPERTA.—No ves, Victoriano, de lo que es capaz un hombre desnaturalizado como tú?

D. VICTORIANO.—Yo desnaturalizado? I por qué?

D.ª RUPERTA.—Porque manifiestas interesarte por tu sobrina, delante de tu hija, que como te he dicho es tan nerviosa... Pero doblemos esta hoja i hablemos de otra cosa.

D. VICTORIANO.—Dices bien, Ruperta. Hablemos de otra cosa.

D.ª RUPERTA.—Por supuesto que no has visto al cura.

D. VICTORIANO.—Así ha sido, porque como me sucedió aquello de la oficina... Pero puedo ir al momento.

D.ª RUPERTA.—No quisiera dejarte ir solo.

D. VICTORIANO.—Crees que tengo miedo?

D.ª RUPERTA.—Nó! Soi yo la que tengo miedo de tí.

D. VICTORIANO.—De cuándo acá has comenzado a tenerme miedo Ruperta?

D.ª RUPERTA.—Quiero decir que temo el que no vayas a cometer otro disparate.

D. VICTORIANO.—Acabáramos! Talvez tienes razon en decir eso, despues de lo sucedido. Pero ahora te prometo irme derecho a la parroquia.—(*Vase.*)

ESCENA XII

DOÑA RUPERTA

Voi a asomarme por la ventana, para ver si este hombre toma el camino de la parroquia. (*Al salir por la puerta de la derecha, se encuentra con Dorotea.*)

ESCENA XIII

DOÑA RUPERTA, DOROTEA

DOROTEA.—Mamá! Mamá! Qué gusto!

D.ª RUPERTA—Qué hai, niña?

DOROTEA.—Que Silverio me ha contestado. Lea usted la carta.

D.ª RUPERTA (*Toma la carta que Dorotea le pasa i lee*).—«Mil gracias, querida Dorotea, por haberme devuelto tu amor. Pronto estaré

contigo, para manifestarte los sentimientos de mi corazon, tan enamorado como sincero.»

Dorotea.—¿Qué le parece, mamá? ¿Podrá querer a Inés, cuando me dice eso a mí?

D.ª Ruperta.—Silverio sigue amándote; i seria peligroso el que se encontrase aquí con Faustino.

Dorotea.—Pues eso es lo que yo deseo. ¿No vé usted que una vez que Faustino se aperciba del amor que Silverio me tiene, se apresurará a...

D.ª Ruperta.—Ya entiendo.

Dorotea.—I ademas, quiero ver aquí a Silverio, para que Inés se convenza de que no la ama. Deme la llave, mamá: voi a dar libertad a mi prima, para que venga a leer esta carta.

D.ª Ruperta.—No, no; yo iré. *(Vase)*.

ESCENA XIV

DOROTEA

Yo no sé lo que por mí pasa. Yo no quiero casarme con Silverio, i sin embargo tengo celos de Inés. ¿Amaré, por acaso, a mi primo? Ah! no: son resabios de un estinguido amor. Pero ¿por qué me punza el alma solo la idea de que él ame a Inés? Qué misterio es éste? Faustino me adora; yo lo amo, i sueño despierta, pensando en la vida de alegría que hemos de pasar en Santiago... Mas yo no sé qué secreto presentimiento me atormenta; i siempre veo a Silverio entre Faustino i yo. ¿Será que mi corazon no ama a Faustino? Pero yo deseo casarme con él; i ¿cómo puede desear una mujer casarse con un hombre a quien no ama? ¡Si amaré talvez a los dos! ¡Dios mio! ¿pueden caber dos amores en un solo corazon? Con todo, yo suspiro por ser la esposa de Faustino, i deseo que Silverio no deje de amarme. Hai aquí un misterio que yo no comprendo. ¡Gran Dios! ¿Por qué no nos es dado comprender lo que pasa en nuestro corazon... aquí, dentro de nosotros mismos! (*Mirando por la puerta del fondo*).—Aquí viene mi mamá con Inés... Ah! me parece que despierto de un sueño... Jamas creí que pudiera aborrecer tanto a mi prima!

ESCENA XV

DOÑA RUPERTA, DOROTEA, INÉS

INÉS.—De todos modos, tia, la accion de Dorotea es indigna.

D.ª RUPERTA.—¿No te digo que Dorotea ha hecho esto, por órden mia?

INÉS.—Eso no quiere decir otra cosa, tia, sino que hai mujeres que obran a veces como chiquillas.

DOROTEA.—Hablas tan resueltamente, porque te crees amada. (*Le pasa la carta de Silverio*).—Lee ese papel, i en él verás si es a tí a quien Silverio prefiere.

INÉS (*Leyendo*).—¡Dios mio! ¿qué he hecho para merecer este engaño?

D.ª RUPERTA.—Qué has hecho? Ser ménos digna que tu prima' para merecer el amor de mi sobrino.

DOROTEA.—Convéncete, Inés, de que Silverio no puede amar a otra que a mí!

INÉS.—No seas cruel, Dorotea!

DOROTEA.—Sí! a mí! a mí! Yo lo he visto suspirar por mi amor, durante años enteros.

INÉS.—Dorotea! por Dios!

DOROTEA.—Tú has sido testigo de su constancia ¿cómo puedes creer que su corazon haya cambiado en dos horas?

INÉS.—Dios mio! es verdad! (*Aparte:* ah! dicha de un momento!)

DOROTEA.—Todo cuanto ha podido decirte es falso.

INÉS.—Por piedad, prima mia! por piedad!

DOROTEA.—(*Aparte*: Estoi vengada! (*Vase Inés*)

ESCENA XVI

DOÑA RUPERTA, FAUSTINO, DOROTEA

FAUSTINO.—A los piés de usted, señora... I usted, Doroteita, permítame estrechar su encantadora mano.

D.ª RUPERTA.—Tenia deseos de verlo, señor Quintalegre.

DOROTEA.—I yo tambien.

FAUSTINO.—Oh! eso es para mí una felicidad que casi no me atrevia a esperar.

D.ª RUPERTA.—Deseaba preguntarle si usted me dijo que ya no se interesaba por el arriendo.

DOROTEA.—I que solo aspiraba a...

FAUSTINO.—A la mano de usted. Así lo dije.

DOROTEA.—Sin embargo, usted ha pasado cerca de mí, sin mirarme.

FAUSTINO.—Eso he hecho? talvez porque he tenido la desgracia de no verla.

DOROTEA.—El amor verdadero adivina cuando no ve.

FAUSTINO.—(*Aparte*: Quisquillosa es la niña)—Pero ¿cómo puede usted dudar de mi cariño?

D.ª RUPERTA.—I ademas, ha tratado usted de sorprender a mi marido.

FAUSTINO.—Ya yo presumia que ustedes, sin conocimiento de causa, habian de traducir esta accion como contraria a mi honorabilidad; i por esto es que he venido a imponerlas de la verdad del hecho. ¿Nada les ha dicho el señor don Victoriano?

D.ª RUPERTA.—Nada sino que usted lo habia arrastrado a la oficina, para hacerlo firmar esa escritura.

FAUSTINO.—Las apariencias me condenan; pero óigame usted, señora. Repito ahora lo que dije ántes: yo no pretendo entrar en otros negocios que en los de mi corazon... Créamelo, Doroteita. Pero al salir de aquí me acordé que mi hermano Tristan deseaba venirse a trabajar en una hacienda del sur, i se lo dije a don Victoriano. El entónces aceptó la idea de firmar la escritura, poniendo el nombre de mi hermano en lugar del mio.

D.ª RUPERTA.—Ah!

FAUSTINO.—I cuando estaba el caballero poniendo su firma, entró don Manuel.

D.ª RUPERTA.—Ya Manuel me ha contado eso.

FAUSTINO.—Pero no les ha dicho la verdadera causa de esta determinacion. Ya se vé! Nada tiene de estraño que don Victoriano se olvide de esas pequeñeces, en medio de sus multiplicadas atenciones municipales. (*Saca un papel del bolsillo*) Aquí tienen ustedes la contestacion telegráfica de mi hermano, en la cual me dice que por el correo me enviará su poder para que yo firme por él esta escritura.

D.ª RUPERTA.-Pero ya sabe usted que no pensamos poner la hacienda en otras manos que en las del esposo de Dorotea.

FAUSTINO.—Entónces, me resuelvo a tomar el fundo. El amor de Doroteita me da valor para esto i mucho mas.

D.ª Ruperta.—Mui bien. Pronto tendré el placer de poderlo llamar hijo mio.

Dorotea.(*Tapándose la cara con las manos*)—Ah mamá! (*Aparte.*—Por qué no llegará Silverio?)

D.ª Ruperta.—He mandado buscar al cura; i él nos dirá si puede quedar arreglado el asunto esta noche.

Faustino —(*Aparte.*—La señora suegra anda al vapor.) Sin embargo, señora, yo quisiera hacer a usted una observacion.

Dª Ruperta.—Le escucho, amigo mio.

Dorotea.—(*Se oye ruido afuera*).—(*Aparte*: Es Silverio!) (*Se asoma a la puerta del fondo*) Ah! es mi papá!

ESCENA XVII

dichos, DON VICTORIANO, DON MANUEL

D. Victoriano.—Estaba usted aquí, don Faustino?

Faustino.—Sí, señor.

D. Victoriano.—Tanto mejor.

D.ª Ruperta. (*A don Manuel*).—Trajistes esos papeles?

D. Manuel.—No quiso prestármelos el síndico; i tuvo razon para ello.

D. Victoriano.—Ya te he dicho, Manuel, que todo eso debe ser ilusion de tus sentidos.

D.ª Ruperta.—Pues yo voi creyendo lo mismo.

Faustino. (*Aparte*:—I a mí tambien me parece que esto del testamento no es mas que mentira de este viejo bellaco.)

D.ª Ruperta. (*Aparte a don Victoriano.*—¿Hablaste con el cura?)

D. Victoriano (*Aparte a doña Ruperta.*—Sí, mujer; i me dijo que todo se arreglaria hoi.)

Faustino.—Qué cosa, señor?

D. Victoriano.—Lo del casorio pues, amigo. Este párroco es un sacerdote mui activo!

Faustino.—Pues a pesar de mi justa impaciencia, debo prevenir a ustedes que aun no he tenido tiempo de prepararme de una manera conveniente.

Dorotea.—¿Se arrepiente usted?

Faustino.—No, Doroteita; pero una noticia que acabo de recibir por el telégrafo me impide......

Dorotea.—Quien encuentra tantos inconvenientes, no ama de veras! (*Aparte*:—! Silverio, que todavía no llega!)

FAUSTINO.—Mi amor es mas verdadero que la verdad misma, Doroteita.

DOROTEA (*A media voz*).—Si así fuera, no encontraria usted tantas dificultades, i me veria al pasar.

FAUSTINO (*Bajando la voz*.—Ya te digo, alma mia, que.....)

ESCENA XVIII

DOÑA RUPERTA, FAUSTINO, DON VICTORIANO, DON MANUEL, UN RECEPTOR (*Con unos papeles en la mano*.)

D. VICTORIANO (*Al receptor*) ¿Qué se le ofrece a usted?

RECEPTOR.—Vengo a hacerle una notificacion al señor don Victoriano Siempreviva.

D. VICTORIANO.—Yo soi. ¿Sobre qué es la notificacion?

RECEPTOR.—Es una demanda del síndico del convento de San Francisco.

D. VICTORIANO.—¿Sobre mi estancia de la Rinconada?

RECEPTOR.—Creo que sí, señor. Impóngase usted de la demanda (*Le pasa los papeles*)

D. MANUEL (*A Faustino, miéntras don Victoriano i doña Ruperta leen los papeles.)*.—Pues ahora vengo a caer en la razon por qué el síndico me negaba el testamento.

FAUSTINO (*Aparte*:—Se broceó la mina!)

D.ª RUPERTA.—Mira, Manuel! Lo que nos decias era verdad.

D. MANUEL.—¿I lo dudabas tú?

DOROTEA.—¿Qué es eso, mamá?

D.ª RUPERTA.—Que nos quieren quitar la hacienda, hija mia?

FAUSTINO (*Aparte*:—Estoi decidido).

D.ª RUPERTA.—Pero sostendremos el pleito.

FAUSTINO (*Aparte*:—Yo no arriendo hacienda en litijio.)

D. VICTORIANO (*Pasando los papeles a don Manuel*).—Yo no entiendo palabra de estas cosas, Manuel.

D. MANUEL (*Leyendo*).—La demanda está en regla; i se funda en el testamento, cuya copia se acompaña.

D.ª RUPERTA.—¡Contestaremos esa demanda!

D. VICTORIANO.—Voi a verme con un abogado.

D.ª RUPERTA.—¿Para qué necesitamos de buscar abogado, cuando podemos decir ya que tenemos uno en la familia? ¿No es verdad, señor don Faustino?

FAUSTINO.—Es verdad que soi abogado; pero hace ya tanto tiempo que no defiendo......(*Aparte:*—Es preciso salir pronto de este atolladero).

D.ª RUPERTA.—Pero, señor i amigo mio; si yo le doi a usted mi hija, es a condicion de que defienda sus intereses.

FAUSTINO (*Aparte:*—¿Mujer con pleito? Cargue otro con ella.) Señora, en cuanto yo vuelva de Santiago.

D. MANUEL (*A Faustino*).—¿I piensa usted marcharse, ahora que sus ilustrados consejos le son tan necesarios a mi cuñado?

FAUSTINO.—Es un asunto urjente, señor......

D. MANUEL (*Aparte a doña Ruperta.*—Mira como el novio se ha arrepentido, porque se le aguó el negocio.)

D.ª RUPERTA (*Aparte a don Manuel.*—Lo he conocido al momento. (*Idem a Dorotea.*—Antes de que él te desprecie, adelántatele, niña.)

DOROTEA.—Señor don Faustino, puesto que usted tiene necesidad de ir luego a Santiago, le deseamos tanta felicidad por allá, que no se acuerde usted ya mas de este pueblo.

FAUSTINO (*Aparte:*—Gracias a Dios, que ella misma me saca del apuro!) Comprendo, señorita......Viniendo de usted, hasta las calabazas son sabrosas.

D.ª RUPERTA.—Para que usted vea que tambien aquí se saben dar como en Santiago.

FAUSTIMO.—Ahora solo me falta manifestar mi gratitud a Dorotea.

DOROTEA.—¿Su gratitud? ¿Luego usted deseaba deshacerse de este compromiso? ¿Cree usted que yo estaba tan deseosa de casarme? Pues sepa que no es usted el primero a quien desprecio!

FAUSTINO.—Ojalá no sea el último, señorita.

DOROTEA.—I advierta que si quisiera casarme, podria hacerlo en este mismo instante... Tio Manuel, ¿por qué no ha venido Sil verio?

ESCENA XIX

DICHOS, SILVERIO, *despues* INES (*Acercándose a Silverio, sin ser notada.*)

SILVERIO.—Aquí estoi, mi querida prima. Estaba ahí en el corredor, i dudaba de si debia entrar.

DOROTEA.—¿I cómo podias dudar, primo mio, cuando yo misma te he llamado?

D.ª Ruperta (*Aparte a don Victoriano*:—Mira si es conveniente tener su novio para las resultas!)

Dorotea.—Te he llamado, Silverio, para pedirte que me perdones, i para decirte que te amo mas que nunca.

Faustino (*A media voz*:)—Ah! no me acordaba de que teniamos primito de por medio!

Silverio.—Nada tengo que perdonarte, Dorotea: solo tengo que agradecerte, i en cuanto al cariño de que me hablas, sabré corresponder a él como merece.

Ines.—¡Dios mio!

Dorotea.—Mire, usted, señor Quintalegre, si yo decia la verdad!

Faustino.—Ah! señorita! Hasta en esto se parece este pueblo a la capital.

D.ª Ruperta.—Acabemos esto. Sobrino, abraza a tu esposa.

Silverio.—Agradezco a usted, tia mia, el permiso que me da, i del cual quiero aprovecharme. (*Vuélvese hácia Inés, i la abraza.*) Inés mia!

Ines.—Gracias, Dios mio! (*Abraza a Silverio.*)

Dorotea.—Traicion!

D.ª Ruperta.—¿Estoi soñando?

Faustino.—¡Caracoles! Esto es aun mejor que en Santiago!

D. Victoriano.—Pues yo no entiendo ni palabra de lo que estoi viendo i oyendo.

D. Manuel.—Qué significa esto, Silverio?

D. Victoriano (*Aparte*:—Me está pasando lo que con las discusiones embrolladas, en el cabildo.)

Silverio.—Esto significa, padre mio, que yo amo a Ines con delirio, desde que la coquetería de Dorotea me ha curado hoi de la locura de amarla a ella.

Dorotea.—Ah! yo me muero! Mamá!

Silverio.—Por eso te dije, Dorotea, que no solo te perdonaba sino que te agradecia lo que habias hecho conmigo.

D. Manuel.—¿I tú, Ines?

Ines.—Yo, señor, he amado a Silverio desde que tuve la dicha de conocerlo; pero me juré a mí misma ocultar este amor, pues veia que él amaba tan ardientemente a mi prima.

Silverio.—I ha sufrido en silencio seis años de martirio. Hoi mismo la he oido, padre mio, rogar a Dorotea que no me rechazase.

D. MANUEL (*Abrazando a Ines:*)—Ven acá, hija mia!

INES.—Padre mio!

D. MANUEL.—Amala, Silverio, como ella lo merece; pero ¿por qué no me abriste tu corazon? Así me habrias ahorrado el tener que hacer una farsa.

SILVERIO.—¿Qué farsa es esa, señor?

D. MANUEL.—La de esta demanda i ese testamento, que he tenido que inventar.

FAUSTINO (*a don Manuel*).—¿Entónces la historia del testamento es falsa?

D. MANUEL.—No es mas que invencion mia, como esta demanda.

FAUSTINO.—Ah!

D. MANUEL.—Para que usted vea que aquí tambien sabemos inventar comedias como en Santiago. (*Toma los papeles i los hace pedazos*).

FAUSTINO.—(*Aparte:* Pícaros provincianos! Me han quitado un negocio de las manos!)

Cae el telon.